Obispo

Obispo

HOMILÍAS

Fiesta de los Santos Ángeles Custodios con motivo del patrono de la Policía Nacional

Catedral de San Martín. 2 de octubre de 2017.

Excmas. e Ilmas. Autoridades
Saludo con especial afecto a los miembros del Cuerpo Nacional de Policía.
¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Hazle caso y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre (…) Mi ángel irá por delante de ti… (Ex 23, 20-23)

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para celebrar con esperanza vuestra fiesta patronal. Este año no seríamos honrados si no dijéramos que lo hacemos con el corazón entristecido y el ánimo preocupado, porque a todos los que estamos aquí *nos preocupa y nos duele España y todo lo que ella significa para cada uno de nosotros*. Al celebrar la fiesta de los santos Ángeles, justo después de todo aquello que, a través de los medios de comunicación, ha llegado a nosotros, sentimos dolor y preocupación por lo que supone de daño al bien común que afecta a la vida de todos los ciudadanos.

Hace días, los Obispos españoles, dándose cuenta de la situación que se venía fraguando desde hace ya varios años, nos han dicho algo especialmente profundo, pero que, como sucede a menudo, sus palabras fueron manipuladas por algunos medios.

Nos decían:

- En estos momentos graves la verdadera solución del conflicto pasa por el recurso al ***diálogo desde la verdad*** y la ***búsqueda del bien común de todos***, como señala la Doctrina Social de la Iglesia. El papa Francisco nos indica que "es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una ***sociedad justa, con memoria y sin exclusiones***" (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 239).
- Para hacer posible este diálogo honesto y generoso, que ***salvaguarde los bienes comunes de siglos y los derechos propios de los diferentes pueblos que conforman el Estado***, es necesario que, tanto las autoridades de las administraciones públicas como los partidos políticos y otras organizaciones,

así como los ciudadanos, ***eviten decisiones y actuaciones irreversibles y de graves consecuencias, que los sitúe al margen de la práctica democrática*** amparada por las legítimas leyes que garantizan nuestra ***convivencia pacífica y origine fracturas familiares, sociales y eclesiales***. (*Nota de la Permanente de la CEE*, n. 3 y 4).

La Iglesia en España, a través de sus pastores ha venido hablando con frecuencia a todos los católicos españoles y a todos los ciudadanos que la quieran escuchar, y esto ya lo ha venido haciendo a lo largo de los últimos años, por lo menos desde 1996; nos avisaba, ya entonces, de los peligros de la concepción de una democracia en la que ésta se plantea ***al margen de una moral objetiva, anterior y superior a las instituciones democráticas***. Hay personas que entienden que la democracia, su democracia, es un sistema completo de vida, al que todos los ciudadanos, creyentes y no creyentes debemos someternos. Esta concepción ya estudiada por aquellos pensadores del siglo V antes de Cristo, es una consecuencia de la visión laicista y relativista de la sociedad y de la vida de todos los ciudadanos. Aquí se encuentra el origen de ***cierto pragmatismo maquiavélico y del autoritarismo*** (Cf. LXV Asamblea Plenaria de la CEE, *Instrucción pastoral Moral y sociedad democrática*, BOCEE 13 (13-6-1996) 88-87.

Es más, la misma CEE, ya en **el año 2002** llego a manifestar algo que, desgraciadamente, se está viendo que no se han equivocado nuestros pastores; decían: *Poner en peligro la convivencia de los españoles, negando unilateralmente la soberanía de España, sin valorar las graves consecuencias que esta negación podría acarrear no sería prudente ni moralmente aceptable. Pretender unilateralmente alterar este ordenamiento jurídico en función de una determinada voluntad de poder local o de cualquier otro tipo, es inadmisible. Es necesario respetar y tutelar el bien común de una sociedad pluricentenaria (*LXXIX Asamblea Plenaria de la CEE, *Instrucción pastoral Valoración moral del terrorismo en España, se sus causa y de sus consecuencias,* BOCEE 16 (31-12-2002) 91-101, nº 35.

Hermanos míos. ¡Queridos amigos todos!:

Estamos celebrando la fiesta de los santos ángeles. Para vosotros y para mí, hombres y mujeres que vivimos en este momento de nuestra historia, en medio de nuestros conciudadanos, sentimos un poco de rubor cuando afirmamos nuestra creencia en los ángeles, de la que nos habla la Iglesia ¿Por qué en nuestra sociedad tantas veces increyente y envuelta en un fuerte agnosticismo, cuando no de un ateísmo práctico que termina ahogando la vida de los mismos creyentes, nos encontramos con la existencia de una multitud de cultos a los espíritus angélicos y demoníacos que tienen una fuerte expresión a través del cine, de la tv, y los medios de la telemática más sofisticada; o de cultos a las personas de algunos deportistas, o de personajes de cierto relieve socio-político?

Nos sorprende este fenómeno y las profundas repercusiones que tiene en la

vida privada de algunos de nuestros conciudadanos, especialmente de nuestros niños y jóvenes, llegando en algunos casos a comportamientos que pueden rondar o ya han traspasado los límites de lo legal y se convierten en delictivos. Hechos estos que, en ocasiones, son seguidos muy de cerca por algunos sectores especializados del Cuerpo Nacional de Policía.

Se cree en todo eso, pero somos incapaces de admitir la existencia de estos seres espirituales que son un signo de la ternura y del amor de Dios.

Tanto el Antiguo Testamento, del que la primera lectura es un ejemplo claro, como el Evangelio, afirman la existencia de estas criaturas puramente espirituales, que tienen inteligencia y voluntad: son criaturas con personalidad propia y son inmortales (CICat. nº 330). Por otra parte, forma parte de nuestra fe que toda la vida de los creyentes está impregnada del dinamismo de la existencia de los ángeles; de hecho, cada vez que celebramos la Eucaristía los mencionamos, explícitamente, en la plegaria eucarística, antes del rezo de la doxología del *sanctus, sanctus, sanctus*; y eso tanto en oriente como en occidente. Es una segura creencia del pueblo fiel que, desde su comienzo hasta su muerte, la vida del ser humano está rodeada de la custodia y de la intercesión de esos espíritus angélicos (CICat. nº 336). Ya aquel escritor griego de los primeros siglos del cristianismo sostenía que: *Nadie podrá negar que cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducir su vida* (S. Basilio Magno, *Adversus Eunomium*, 3,1)

La realidad misteriosa que nos envuelve es mucho más profunda y compleja que lo que percibimos a simple vista, solo aquellas personas especialmente capacitadas por Dios están preparadas para penetrar en el misterio del hombre y de todo aquello que le rodea. Al celebrar la fiesta litúrgica de los santos ángeles podemos asomarnos a una pequeña parte de esa realidad querida y creada por el Dios cuyo poder se hace patente con el perdón y la misericordia, categorías éstas muy lejanas de los parámetros normales de la comprensión humana actual. Cielo y tierra, visible e invisible, alma y cuerpo, divino y humano, son matices duales de una realidad querida por Dios y muy lejana a las categorías de los hombres; pero sin esta dualidad es muy difícil explicar muchos de los fenómenos que nos rodean. *¡Sí!* hermanas y hermanos míos, el amor redentor de Cristo es más poderoso que la muerte y que la fuerza del espíritu del mal que sabemos que existe y en ocasiones, sus manifestaciones son tan complejas, que incluso llegan a desconcertar a nuestros mejores expertos en las arduas tareas de la investigación, por la simple razón de que no damos crédito a su existencia y nos cuesta rendirnos ante lo que tantas veces resulta evidente pero racionalmente inexplicable.

Sin embargo, esta realidad en la que se armoniza lo espiritual y lo material, siendo el ser humano la expresión más perfecta de la misma, se convierte en un reflejo del amor de un Dios. Ese amor no tiene fronteras. Ese amor se hacer carne en nuestras propias personas que son tan valiosas que, como ya he dicho antes, el

mismo Dios nos envía a sus ángeles para que, como nos recuerda el libro del Éxodo, cuyas palabras hemos mencionado al inicio de esta homilía: *Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Hazle caso y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre (…) Mi ángel irá por delante de ti…* (Ex 23, 20-23).

El verdadero cristianismo no puede tener fronteras porque el corazón de Cristo no se puede quedar clausurado en nuestros propios criterios y circunscrito en nuestras dimensiones espacio-temporales, va siempre más allá. Eso explica que hoy podamos celebrar la santa Eucaristía, la misma que aquella que celebró Jesús en su cena pascual, porque el amor de Dios va más allá del tiempo y penetra en la eternidad. El amor cristiano es más fuerte que la muerte. Una chispa de esa eternidad es nuestro corazón. En la medida en la que nos identificamos con Cristo y convertimos su Evangelio en Buena Nueva hacemos realidad ese amor misericordioso del Señor.

En este día, los hombres y mujeres del Cuerpo Nacional de Policía, de acuerdo con vuestra historia y tradición, celebráis vuestra fiesta. Hoy lo hacemos rezando para que Dios Nuestro Señor, cura las heridas causadas en el día de hoy, no sólo las físicas, sino también aquellas provocadas por el enfrentamiento, la venganza, la desunión, la falta de paz. Vuestros predecesores supieron encomendaros a los ángeles porque, de modo analógico, con vuestro trabajo silencioso pero vivo, presente, operativo y eficaz, emuláis, de algún modo esa otra actividad misteriosa que realizan los ángeles custodios; también vosotros sois nuestros custodios; de algún modo sois heraldos y garantes de esos principios democráticos que hacen de nuestra sociedad un ámbito de realidad en el que podemos caminar en libertad y en paz. Estos son grandes valores que bien vividos y respetados por todos los ciudadanos nos ayudan a construir una civilización de amor, de paz y de respeto.

Que estos espíritus por cuya mediación se nos presenta el amor y la ternura de un Dios providente, nos ayuden a recuperar la auténtica conciencia ciudadana, la confianza en las instituciones, un mayor respeto a los cauces del orden constitucional de 1978 que nos hemos dado los ciudadanos y a salvaguardar tantos bienes comunes que han marcado la historia de España a lo largo de los siglos. Todo esto nos ayudará a lograr una pacífica y libre convivencia entre todos.

Hoy también recordamos a tantos hombres y mujeres del Cuerpo Nacional de Policía y de las demás fuerzas y cuerpos de la seguridad del Estado - a ellos y a sus familias- que como auténticos servidores de esta sociedad y de los principios fundamentales que la sostienen, han fallecido por razones naturales o bien, encontraron la muerte de forma violenta por defender el orden constitucional y a los ciudadanos. Este es el momento para elevar una plegaria al Buen Dios, el Dios de la misericordia y del perdón, y que los santos ángeles les acompañen. Cuando realicéis esa ofrenda floral por vuestros - nuestros difuntos - de la Policía pensad

que una flor es siempre una sonrisa de Dios y cuando son ofrecidas de corazón por cada uno de nosotros podemos tener la certeza de que los ángeles custodios y nuestros hermanos difuntos se alegran delante de la gloria de Dios, en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva.

¡Que así sea!

Fiesta de la Virgen del Pilar, Madre de España y Patrona de la Guardia Civil

Catedral de San Martiño, 12 de octubre de 2017.

Excmo. Sr. Alcalde de esta ciudad noble y generosa, cálida y acogedora que es Ourense.

Excmo. Sr. Subdelegado del Gobierno de España en esta provincia.

Ilmo. Sr. Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Ourense.

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

Permitidme que salude con cordial afecto a los hombres y mujeres que forman parte de la Guardia Civil que hoy celebran a su Celestial Patrona.

Fieles devotos de la Santísima Virgen del Pilar.

El Señor me ha coronado
Sobre la columna me ha exaltado

Así reza el estribillo del Salmo responsorial de la liturgia de este día de fiesta. ¡*Sobre una columna me ha exaltado*!. La presencia y la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra tiene unas raíces multiseculares. Ya en los primeros momentos de la expansión del cristianismo, en la misma ciudad de Jerusalén, *María perseveraba en la oración junto con los hermanos* (Hch 1, 14). Eran momentos de graves dificultades para los discípulos de Jesús y, ya allí, contaban con la presencia de María. Curiosamente, una tradición multisecular, vinculada a la primera expansión del cristianismo en la vieja Hispania, nos presenta la primera aparición de María, que todavía en carne mortal, se muestra sobre una columna en las orillas del Ebro al Apóstol Santiago el Mayor y le reconforta y anima. ¡No eran momentos fáciles para el Apóstol!. El mensaje cristiano se resistía a entrar en la vida de aquellas gentes con el corazón enraizado en las viejas deidades y en cultos paganos. Aquella muestra de protección y de ternura por medio de María dejó una huella profunda en Santiago y en sus discípulos de tal modo que construyen una muy pobre y pequeña ermita a la Madre de Dios. Se puede afirmar que ha sido éste el primer lugar de culto construido en honor de la Virgen Madre, en aquella incipiente cristiandad que con mucha dificultad se estaba expandiendo por el mundo entero. Las crónicas nos dicen que fue el día 2 de enero del año 40. Aquella columna de jaspe, de factura romana, se convirtió en un elemento recordatorio de la presencia de la Madre de Dios. Columna que todavía hoy es venerada por cientos de miles de peregrinos.

Para algunos esto no es digno de crédito, dicen de forma despectiva ¡una le-

yenda!, sin embrago, vivimos en unas circunstancias histórico-sociales en donde podemos comprobar como bastante gente que se cree postmoderna, casi de una forma visceral, cuasi dogmática, creen en una serie de relatos o construcciones históricas que falsean la realidad. Construcciones ideológicas que generan división y enfrentamiento. En cambio, todo aquello que se apoya en la tradición y en la cultura multisecular de los pueblos lo rechazan. Se han instalado en lo que se ha venido en llamar la *postverdad*, y nada ni nadie les hace cambiar ni un ápice de sus postulados, es más, su dinámica está enraizada en la praxis más recalcitrante del idealismo del siglo XIX que se apoya en el clásico aforismo hegeliano: ***si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad. Lo que importa es su idea.*** Ya el papa Francisco decía que ***la realidad es más importante que la idea***.

Hermanos míos: el hecho mariano que arranca de la veneración a aquella columna fue construyendo un templo, y en torno a él una pequeña comunidad cristiana que con el tiempo se fue expandiendo. Donde está María, "Arca de la Alianza" de Dios con los hombres, aquel lugar se convierte en un centro de donde brota un fuerte dinamismo de conversión, paz, unidad y fraternidad. La historia del templo del Pilar *no es un relato del franquismo;* sabemos -documentalmente - que data del siglo IX, ya entonces existía allí una iglesia mozárabe dedicada a la Virgen, casi con certeza, muchos antes, ya existía otro tipo de construcción todavía más humilde y pobre. Aquella iglesia era una construcción similar a la que conservamos en nuestra tierra: Santa Comba de Bande. Con el transcurso del tiempo ese templo fue creciendo pero, en medio de las graves vicisitudes, como fueron las invasiones de los musulmanes, a pesar de las destrucciones que ha experimentado, primero los reyes de Aragón y posteriormente los reyes de España, ayudados por lo que hoy denominaríamos la sociedad civil: fieles y devotos de la Virgen, junto con los ejércitos, fueron reconstruyendo los edificios que, o bien destruidos por los acontecimientos bélicos o por la pobreza material y la pequeñez del mismo, fueron levantados, sucesivamente, hasta llegar a este magnífico templo barroco que, desde 2007, es uno de los *12 Tesoros de España***.**

En un antiguo pergamino en el que aparece la imagen de la Virgen del Pilar, rodeada por el Apóstol Santiago, otros discípulos y el Rey de España del momento, se encuentra una leyenda en donde se lee: *Siendo a mis Reyes guía.* El rey Don Fernando el Católico, esposo de Doña Isabel de Castilla, escribiendo a los reinos europeos les decía que *ninguno de los católicos de Occidente ignora que en la ciudad de Zaragoza hay un templo de admirable devoción sagrada y antiquísima dedicado a Santa María del Pilar.*

Las raíces cristianas de nuestro pueblo son algo que se puede constatar por los numerosos e insignes monumentos que hablan de la primera y temprana evangelización en la vieja Hispania. Estamos reunidos en uno de las catedrales más significativas, no solo por su antigüedad y belleza, sino porque es heredera

de un primitivo templo, mucho más pequeño, curiosamente, también dedicado a Santa María Madre. No podemos caer en las falsas interpretaciones de nuestra historia a las que nos quieren acostumbrar algunos expertos en la manipulación de las antiguas raíces de nuestra fe. La fiesta del Pilar no es de hace cuarenta años, ya en 1297 la bula del papa Bonifacio VIII y dos años más tarde, en la declaración de los Jurados de la ciudad de Zaragoza, ya se habla de la advocación de Santa María del Pilar.

Fue el papa Pio VII quien en 1807, a ruego de las autoridades y del pueblo español, concedió la categoría de fiesta religiosa obligatoria en España y, posteriormente, el papa Pio XII otorgó a todas las naciones Hispanoamericanas la posibilidad de celebrar la misma Misa que se celebraba en España.

Hermanas y hermanos:

Este año celebramos la Fiesta del Pilar en el marco del primer centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima, en 1917. Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta las palabras que allí pronunció el papa Francisco, el pasado 13 de mayo, os recuerdo que en medio de las tribulaciones del momento y de los consuelos de Dios, como afirmaba San Agustín, Dios siempre nos acompaña. Hoy también estamos viviendo graves dificultades que nos afectan a todos los hombres y mujeres que vivimos en esta antiquísima nación que se llama España, por eso a todos nosotros nos llenan de paz y de esperanza las palabras que el papa Francisco pronunciaba en aquel entonces y yo me permito hacer mías y deciros: ¡*Tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús* (…) Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro de nuestra existencia. La esperanza que se apoya en Dios no falla ni defrauda. Es eterna. Bajo el manto protector de Santa María, Señora del Pilar, sabemos que no nos perderemos, de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitamos.

Pidamos a Dios nuestro Padre, por medio de María, y *hagámoslo con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda*. Como cristianos somos una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno y en la situación en la que nos encontremos. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. Recordad aquel texto del Evangelio: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12,24), esto ha dicho y ha hecho nuestro Señor, el Hijo de Santa María, que siempre nos precede con su amor. Cuando pasamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. De este modo, ya no subimos solos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido Él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llenarnos de luz.

La Virgen del Pilar ejerce el patronazgo sobre varias instituciones. Sin embargo, la más representativa para el pueblo sencillo es la Guardia Civil. Cuando aquel capellán, D. Miguel Moreno, de la primera escuela de guardias civiles en Valdemoro, colocó en la capilla de la escuela la pequeña imagen de la Pilarica con el fin de introducir la devoción a la Virgen en los jóvenes guardias, no era consciente de la trascendencia que aquel hecho tan sencillo iba a tener. De ahí que por una disposición recogida en el Boletín Oficial del Cuerpo de la Guardia Civil, con fecha del 24 de septiembre de 1864, se nombró a la Virgen del Pilar patrona de aquel centro de formación de los jóvenes guardias y, el 7 de enero de 1913, el Director General del Cuerpo solicitó al Rey Alfonso XII que fuese proclamada la Virgen del Pilar como patrona de la Guardia Civil, hecho que aconteció el 8 de febrero de 1913. Durante más de un siglo, esa pequeña imagen os acompaña por todos los pueblos de España, está, algunas veces escondida, en alguno de vuestros despachos, como consecuencia de esta normas y costumbres que algunos, olvidándose de preocuparse por las cosas que afectan y preocupan a los ciudadanos, ponen todo su empeño en labores de "cosmética religiosa católica": molestan las cruces a los caídos por Dios y por España, que los hubo y sigue habiéndolos, de manera especial en vuestro Cuerpo; quieren arrancar de los templos y de los despachos las cruces y las imágenes de la patrona; nuestros enfermos, en su último tránsito a la eternidad ya no pueden tener delante de sus ojos la imagen del crucificado, signo del amor misericordioso, porque hay que quitar esos signos que ofenden la sensibilidad de algunos, ¡no son políticamente correctos!. Hasta en nuestra catedral, en el interior del mismo templo, algunos que se dicen católicos, querían que arrancásemos una placa que explica el sentido de una lámpara votiva que alumbra al Dios de la misericordia.

Vosotros, hombres y mujeres de la Guardia Civil, a pesar de cumplir escrupulosamente con esas normas, seguro que siempre lleváis la imagen del Pilar en vuestros corazones, porque sabéis que os protege y os acompaña como Madre en medio de las labores que os encomiendan para que el orden constitucional sea cumplido, las leyes sean observadas, nuestros montes no sean quemados, los ciudadanos puedan desempeñar sus funciones libre y pacíficamente. Ella como madre está y estará siempre con vosotros.

San Juan Pablo II, en su visita a Zaragoza, el 6 de noviembre de 1982, terminó la hermosa y larga homilía de ese día, que es muy actual, con una oración. Que sus últimas palabras sean también los deseos que todos llevamos en estos días en nuestros corazones:

En tu corazón dejo los anhelos de quienes,
mediante los quehaceres económicos,
procuran honradamente la prosperidad de sus hermanos;
de quienes, al servicio de la verdad,

informan y forman rectamente la opinión pública;
de cuantos, en la política, en la milicia,
en las labores sindicales o en el servicio del orden ciudadano,
prestan su colaboración honesta
en favor de una justa, pacífica y segura convivencia.
Virgen Santa del Pilar:
Aumenta nuestra fe,
consolida nuestra esperanza,
aviva nuestra caridad.
Socorre a los que padecen desgracias,
a los que sufren soledad, ignorancia,
hambre o falta de trabajo.
Fortalece a los débiles en la fe.
Fomenta en los jóvenes la disponibilidad
para una entrega plena a Dios.
Protege a España entera y a sus pueblos,
a sus hombres y mujeres.
Y asiste maternalmente, oh María,
a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad.
Así sea.

Liturxia funeral por D. Marcelino Martínez Fernández, de Abelenda das Penas. Morto como consecuencia dos incendios que asolaron Galicia entre o 15 e o 16 de outubro

Benqueridos irmáns sacerdotes.
Autoridades e veciños das parroquias desta bisbarra.

Saúdo con especial afecto e fago presente o meu sentimento de dor pola pérdida de D. Marcelo, esposo, pai e veciño desta parroquia de Abelenda das Penas.

Reunímonos neste lugar santo para pedir ó Deus da Misericordia polo noso irmán Marcelo, cuxa morte é unha expresión concreta de todo o mal que se pode facer cando se instrumentaliza a natureza e esta esperta o seu inmenso poder que transforma a vida en morte, a beleza e fermosura dos nosos campos e montes nun deserto queimado e sen vida. Ante situacións como estas, meus queridos irmáns, resúltanos moi difícil entender as motivacións que, posiblemente, puideron levar a algúns a cometer este atentado contra a natureza. Nada e ninguén pode xustificar un acto tan criminal como queimar a natureza, a tantos seres vivos da cuxa presencia non nos decatamos, e entre eles, ao mesmo ser humano.

Os Bispos de Galicia nunha carta que enviamos a todos os católicos desta terra, e ós homes e mulleres de boa vontade, dicimos que: *compartimos a dor dos que choran ós seus familiares e amigos que perderon a vida e elevamos a nosa oración a Deus para que os acolla onda si. Quixeramos que nestes momentos fose real en tódalas parroquias da Igrexa en Galicia a experiencia da unidade, do compartir esforzos, dores e angustias, a proximidade do amor fraterno, de modo que ninguén se sinta so na necesidade; e agradecer, ó mesmo tempo, tantos xestos de solidariedade de amigos e veciños, que son un apoio imprescindible para manter a esperanza e a coraxe. Sentímonos particularmente unidos ós pobos e aldeas máis afectadas, unindo a nosa oración á súa, implorando de Deus o don da fortaleza e a confianza*.

Parécenos imprescindible igualmente condenar con toda claridade as accións de quen causa voluntariamente este tipo de incendios, que poñen en risco a vida de persoas e tamén danan grave e irresponsablemente o medio ambiente tan necesario para a vida. Como xa dixo o Papa Francisco, ***un crime contra a natureza é un crime contra nos mesmos e un pecado contra Deus***.

Provocar un incendio é un xesto de grave inmoralidade, no que a persoa pon de manifesto unha actitude ante os irmáns e ante a natureza contraria ó ben querido por Deus.

Ao longo deste verán, en dúas ocasións, a través dos medios ó meu alcance, dirixinme ó pobo de Deus que vive a súa fe no seo desta Igrexa ourensana, para lembrar a todos que aquel que atenta contra a vida sexa cal sexa, atentan contra o home, contra si mesmos e contra Deus. E ninguén pode esquecer que os árbores

e as plantas son seres vivos, como o son a rica e variada fauna da nosa Galicia. Un atentado contra a natureza volvese contra nos mesmos e viola o proxecto creador de Deus sobre o noso mundo. Si algún deses actos foron provocados por algunha persoa que se di fillo da Igrexa Católica saiba que con esa acción el mesmo ponse fora da comuñón desta Igrexa, porque no pode vivir o misterio fecundo da comuñón eclesial aquel ou aquela que atenta gravemente contra a vida.

Nas últimas décadas vimos comprobando con dor como se perde gran parte da riqueza natural da nosa fermosa terra. Xa algún dos meus predecesores estableceu a pena medicinal da excomuñón contra aqueles que atentaban contra a natureza provocándolle dano. Esa situación mantense permanente ma nosa Igrexa Diocesana.

Cada uno de nos, recibe de Deus o "dominio sobre o mundo", facémolo como custodios, non como "señores" ou donos, e moito menos convertendo a natureza nunha realidade que se poida instrumentalizar, ou manipular, para facerlles dano ós demais, incluso chegando, como no caso presente, a morte do noso irmán Marcelo, e a dos que faleceron noutros lugares de Galicia e desas decenas de irmáns e veciños nosos que encontraron a morte no norte de Portugal.

Estamos nunha celebración crente na que nos reunimos para pedir ó Señor da Misericordia polo eterno descanso do noso irmán Marcelo, facemos noso a dor dos seus familiares e abrímolo noso corazón e a nosa pregaria, porque somos católicos e como tales non temos fronteiras na nosa vida, por iso tamén pedimos polos outros defuntos que encontraron a morte dunha forma dramática neste fin de semana.

Meus queridos irmáns e irmas: entereime deste acontecemento doloroso estando en Roma para asistir á canonización dun paisano noso nacido na aldea de Xamirás (Acebedo do Río), que levou a cabo o papa Francisco o pasado domingo a media mañá. A través dos servicio informativos italianos, os incendios de Galicia ocuparon o posto dos acontecementos políticos cataláns. ¡Que dor sentimos, cerca do centenar de galegos que como peregrinos acudiramos a Roma, ó contemplar polos teletipos informativos as escenas dantescas que recorrían a nosa terra! Recordábamos, con vágoas nos nosos ollos, aquelas estrofas do himno de Galicia onde se fala:

¿Que din os rumorosos/ na ***costa verdecente*** */ ao raio transparente / do pracido luar? / ¿Que din as altas copas / de* ***escuro arume arpado*** */ co seu ben compasado / monótono fungar? /* ***Do teu verdor cinguido*** */ e de benignos astros/ confín* ***dos verdes castros*** */ e valeroso chan*.

Agora estamos a contemplar *aquel verdor* convertido en cinxas…pero non podemos perder a esperanza. Lembrádevos daquilo que escoitamos na primeira lectura que proclamamos nesta liturxia de exequias: *Si Deus está connosco, ¿Quen estará contra nos*? (Rom 8, 31b-35) Nada nin ninguén poderá roubarnos a espe-

ranza. Deus deunos unhas mans para prolongar a obra da creación. A fermosura da nosa terra volverá a rexurdir das súas cinxas. Non aproveitémola ocasión para nos dividir ou enfrontarnos. Busquemos todos a reconstrución dos nosos pobos e aldeas, sobre todo procuremos a cicatrización do corazón onde non debe agromar nin o odio ni o enfrontamento, e deixemos que as autoridades actúen para clarificar todo aquilo que puido causar este criminal incendio xeneralizado.

Nos, os crentes, sabemos que temos o deber de cultivar o respecto relixioso pola integridade da creación. Ninguén pode dicir, son cristián, fillo da Igrexa, e as costas, dedicarse a atentar contra a natureza da que somos e formamos parte. De aí que en moitas ocasións o Papa Francisco ten manifestado, e é convinte recordalo hoxe aquí que: ***A natureza acostúmbrase a entender como un sistema que se analiza, comprende e xestiona, pero a creación so pode ser entendida como un*** *don que xurde da man aberta do Pai de todos****, como unha realidade iluminada polo amor que nos convoca a unha comuñón universal*** (*Laudato sí*, nº 76). Meus queridos amigos: *Esta nosa* ***casa común*** *é unha condición absolutamente necesaria para a vida de todos. É un préstamo que cada xeración recibe e debe transmitir á seguinte. De aí a enorme responsabilidade en cuanto ó seu uso*.

A pesar da dor e da rabia que pode atenazar os nosos corazóns, rógovos que prestedes atención ás palabras que hoxe nos dirixiu Xesuscristo: *¡No perdades a calma: crede en Deus!* (Jn 14, 1). A fe en Xesuscristo foi elemento de progreso e de civilización nos nosos pobos. A fe no Deus do amor e da misericordia axudou os nosos devanceiros a manter a esperanza e a ilusión no medio das mais graves circunstancias. Fagamos destas circunstancias tan dolorosas unha ocasión para comezar de novo, con ilusión e esperanza, para deixar ás xeracións que veñen detrás esa Galicia *do verdor cinguido/ dos verdes castros /e de valeroso chan*.

Os Bispos de Galicia, na nosa nota, manifestamos *o noso recoñecemento e apoio ás miles de persoas implicadas no operativo de loita contra o lume, os bombeiros, as forzas e corpos de seguridade do Estado e ós numerosos voluntarios, que se esforzan por salvar vidas, aliviar danos e evitar a perda de persoas e bens, incluso a costa da propia vida. En circunstancias a miúdo extremas, dannos un exemplo admirable de abnegación sen límites*.

A partir das nosas comunidades cristiás, das Cáritas Diocesanas e doutras institucións eclesiais, mostrámola nosa dispoñibilidade para a acollida e a axuda incondicional de cantos a precisaren. E pedimos a Deus que nos axude nestas circunstancias difíciles, especialmente ós que loitan contra o lume, que nos conceda saber estar e traballar unidos para recuperala nosa terra, que vemos hoxe tan danada e que Deus nos deu tan fermosa para facer posible a nosa vida e a vida dos demais. É hora de unir forzas, non de enfrontarnos uns cós outros. Non vos esquezades de aquelo que nos lembra a Sagrada Escritura: *O irmán que é axudado polo seu irmán, é como unha cidade fortemente amurallada*; e noutro lugar di: *Todo reino en si mesmo*

dividido vai a ruína.

Invítovos, meus queridos irmáns e irmas, a volver a mirada á realidade que aquí se nos manifesta a través do cadaleito que conten os restos mortais do noso irmán Modesto. Presentamos ó Deus da misericordia e do perdón, a vida deste irmán noso que morreu de forma violenta por querer defender a vida dos seres vivos contra o lume da morte. Que esta e outras moitas das súas voas obras o acompañen, que os anxos o leven a eses ceos novos e a esa terra nova onde o Bo Deus, que é Camiño, Verdade e Vida, tennos preparada a mansión da luz e da paz.

¡Que así sexa!

Exequias del M. I. Sr. D. Salvador Gonzalez Crespo, Canónigo emérito de la Catedral-Basílica de Ourense

25 de octubre de 2017.

Saludo a los miembros del Cabildo catedralicio.
A los sacerdotes concelebrantes.
Me alegra encontrar presentes en esta celebración a los seminaristas.
Queridos religiosas y religiosos.
Miembros de los institutos, movimientos y asociaciones.

Permitidme, en primer lugar, que salude con afecto a los familiares del M.I. Sr. D. Salvador González Crespo, Canónigo emérito de nuestra Catedral-Basílica de San Martín. Os manifiesto en mi nombre y en el de todo el Presbiterio Diocesano nuestro más sincero sentimiento por la muerte de este sacerdote bueno y fiel; vuestro dolor también es el nuestro porque D. Salvador ha formado parte de la vida de muchos sacerdotes de esta Diócesis y, en los últimos años, cuando ya su salud era delicada, nos hemos podido beneficiar de su presencia sacerdotal, elegante, amable y silenciosa en la Residencia Sacerdotal "San Juan de Ávila". ¡Qué el Señor que es el mejor pagador le acoja en la mansión de la Paz!

Con la fuerza que nos ofrece la Liturgia de la Palabra de este día, miércoles de la XXIX Semana del Tiempo Ordinario, os digo: *Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre* (Lc 12,39-41).

El Señor en su infinita providencia siempre nos está enviando avisos para que crezcamos en su fidelidad, ocasiones para convertirnos, en definitiva, *momentos de gracia*, tal como nos lo recuerda el apóstol Pablo en su carta a los Romanos que estos días, en los que se está acercando el final del año litúrgico, adquieren una connotación escatológica que nos encamina hacia la solemnidad de Todos los Santos, la Conmemoración de los fieles difuntos y, sobre todo, al comienzo del Adviento. En realidad, si consideramos bien las cosas, estamos siempre en Adviento porque constantemente aguardamos al Señor que viene, al Señor que se acerca, al Señor que ya está aquí. Uno de esos momentos particularmente importantes para cada uno de nosotros es nuestra muerte, que con seguridad vendrá, cuando Dios quiera, como Dios quiera y donde Dios quiera. De ahí que el aviso que nos ofrece hoy la liturgia es existencialmente muy comprometido: *Estad en vela y preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre* (Mt 24, 42a. 44), en este caso es el texto de san Mateo que recoge el fragmento del Aleluya de la Misa de hoy.

Al cumplir con el triste deber, pero un deber agradecido, de presidir la Misa exequial de D. Salvador, que ejerció su ministerio en esta Catedral y en otros puestos de la vida diocesana, sobre todo en el Seminario, somos conscientes de

que no solo debemos rezar por su eterno descanso, sino que esta es una ocasión para dar gracias a Dios por el ministerio sacerdotal vivido por este buen caballero cristiano y sacerdote. ¡Cuántos de nuestros sacerdotes, ya ancianos, merecerían otro tipo de consideración y no solo celebrarles las honras fúnebres el día de su muerte!. La vida de muchos sacerdotes de nuestra Iglesia particular ha dejado una estela de trabajo sacerdotal impecable, una vida personal ejemplar, una fraternidad sacerdotal imitables, una fecunda obediencia y disponibilidad en manos de la Iglesia, a través de los diferentes obispos con los que les ha tocado colaborar, que nos ayuda a vivir el espíritu de comunión en esta Iglesia local en la que muchos habéis nacido y otros la queremos como si en ella hubiéramos vivido toda nuestra vida. Entre estos sacerdotes, no me cabe la menor duda, está D. Salvador.

En una sociedad como la nuestra en donde el individualismo, los intereses personales, la preocupación por la seguridad económica, la búsqueda calculada de cargos y ministerios - contra lo que está luchando el papa Francisco- una manera de vivir el ministerio sacerdotal, con cálculo, sin implicaciones en las tareas diocesanas que se nos encomiendan, en donde priman las opiniones y los criterios personales antes que aquellos que construyen y fortifican la comunión eclesial, es necesario destacar y poner en valor la figura de sacerdotes como D. Salvador. Hace muy poco tiempo, en este mismo lugar, enterrábamos a D. Magín, otro servidor bueno y fiel. Necesitamos en nuestra Iglesia Diocesana buscar a la persona adecuada que, sin precomprensiones, ni criterios subjetivistas, pudiera recoger el testimonio de vida de sacerdotes como D. Salvador. Y nuestra Diócesis es rica en verdaderos ejemplos sacerdotales, y yo me atrevería a afirmar, en ejemplos de santidad sacerdotal que nos haría mucho bien a los sacerdotes, en especial a los más jóvenes y a los seminaristas.

En el evangelio de san Lucas que hoy se nos ha proclamado se nos ha hecho una pregunta *¿quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de un servicio*? Es decir ¿quién es el administrador fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de un servicio para tratar a los hermanos como lo que son; para servir y no para ser servido, para vivir con fidelidad la disponibilidad desde los cargos y no convertir los cargos en pequeñas superestructuras de mando a través de las que se puede llevar a cabo una pastoral autoreferencial? Lo sabemos muy bien, porque lo hemos experimentado en la historia rota de algunos de nuestros hermanos. Un ministerio mal vivido, sin pasión por Cristo ni por la Iglesia, lleva irremediablemente a la infecundidad, a la soledad más radical aunque se viva en compañía, a la falta de fraternidad sacerdotal, y se corre el riesgo de convertirse en personas intocables en donde la Iglesia se convierte en asunto del obispo y de otros que siempre son criticados ¡hagan lo que hagan!, a veces da la sensación que en una pastoral de comunión cuando nos esforzamos por llevar a cabo una tarea en común - como está siendo en esta ocasión el Sínodo Dioce-

sano - para algunos se convierte en una anécdota y permanecen enrocados en su pastoral, en sus opiniones y en sus críticas; podemos decir, parafraseando al papa Francisco: "envueltos en su amargura y en sus fracasos". A la luz de la muerte de este buen sacerdote su vida adquiere un tono vital ejemplar y, al mismo tiempo, una llamada a la generosidad y a la fidelidad en el ejercicio de nuestro ministerio ordenado para servir.

Ejemplos como el de D. Salvador son necesarios para todos nosotros. Ha sido un hombre de Iglesia hasta el final y, a lo largo de su dilatada existencia, trabajó con varios obispos, en los más variados y complejos ministerios, comenzando por asumir, casi recién ordenado sacerdote, tareas en el Seminario Diocesano, pasando desde formador, a profesor, llegando a ser nombrado rector del Seminario Menor - durante el pontificando de Mons. Blanco Nájera -, momento aquel de especial dificultad porque se trataba de dirigir el Seminario justo en un momento en el que lo habían dejado los sacerdotes de la Congregación de la Misión. Y con fidelidad a su obispo mantuvo el ritmo de aquella institución, en medio de las críticas de los buenos y, a pesar de que los cambios, que en los últimos lustros han sido especialmente complejos, Ourense es de las pocas Diócesis españolas en donde tenemos todavía un Seminario Menor. Allí sirvió D. Salvador durante más de cuarenta años. Este proyecto eclesial, que es el Seminario, hoy todavía vivo, se le debe a hombres que, como D. Salvador, supieron entregar su vida en una causa muy mal pagada y, en ocasiones fuertemente criticada por los de siempre, pero que es el corazón de nuestro Presbiterio Diocesano.

Después de sus años en el Seminario, en el año 1974, se le encomendó la delicada misión de sacar adelante la economía diocesana, allí estuvo ayudando a dos de mis últimos predecesores, Mons. Temiño y Mons. Diéguez, durante dieciocho años. Su gestión delicada y silenciosa, sin dejarse llevar de extrañas megalomanías financieras, sabiendo que *el dinero de la Iglesia era el dinero de los pobres*, dejó como resultado una administración saneada y sin sobresaltos para el ejercicio del ministerio pastoral que en toda Iglesia particular es la labor prioritaria.

Hoy, ponemos en las manos del Dios de la misericordia y del perdón, la larga existencia y la historia de este sacerdote que siempre lucho por ser y vivir como sacerdote de Jesucristo. Tenemos la certeza que sus obras, sus muchas obras, tanto en el Seminario como en la Curia Diocesana, le acompañan y lo encomendamos a Santa María Madre y a san Martín patrono de la misericordia, y lo hacemos desde esta Iglesia Catedral en la que él buscó la gloria de Dios y el bien de las almas.

Descanse en paz.

Fiesta del "Divino Maestro" En el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico "Divino Maestro"

Capilla del Seminario Mayor, 13 de noviembre de 2017.

Ilma. Sra. Vicerrectora de la Pontificia Universidad de Salamanca

Ilmos. Sres. Rectores de los Seminarios Diocesano del "Divino Maestro" y del "Redemptoris Mater".

Ilmo. Sr. Representante de los Centros Afiliados a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Ilmos. Sres. Directores del Instituto Teológico "Divino Maestro" y del Centro de Estudios de Ciencias Religiosas "San Martín"

Sres. Profesores.

Queridos seminaristas.

Con las palabras del salmo que nos propone la liturgia de la Solemnidad de Jesucristo "Divino Maestro" os digo: *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio*. Este mandato imperativo de Jesús constituye la clave de nuestra presencia hoy aquí. Lo debemos hacer porque nuestra vida apostólica hunde sus raíces en el Bautismo y, en casi todos los que estamos reunidos en este lugar de oración, en cada uno de una manera peculiar, poseemos también los ecos de una llamada especial al ministerio sacerdotal.

Estamos viviendo en la Iglesia una época en la que una serie de eslóganes o sentencias publicitarias, también dentro del ámbito eclesial, se repiten hasta la saciedad y corremos el riesgo de que nos las podamos creer, pero sin salir de nuestros "cuarteles de invierno". Somos "una Iglesia en salida", "hay que salir a las periferias existenciales", "hay que abandonar nuestra situación inmovilista". Sin embargo, nadie da lo que no tiene. Nadie puede salir de sí mismo si no se siente lleno del Espíritu. Recordad la profecía de Isaías 61, 1-3: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, a los prisioneros la libertad, para consolar a los afligidos*, *en definitiva para proclamar el año de gracia del Señor.*

Pero para llevar a cabo este programa apostólico que además de hacernos *testigos misioneros*, quiere ayudarnos a conseguir que nuestra *vida como ciudadanos sea digna del Evangelio de Cristo*, tal como nos lo recordaba el texto de Pablo en la carta a los hermanos de Filipos que acabamos de proclamar, tenemos que ser conscientes de que toda esta realidad que configura nuestra llamada no se puede llevar a cabo sin una preparación previa, laboriosa, intensa, callada, pero eficaz. Aunque sean muchas las necesidades pastorales que se observan en nuestra Iglesia particular, lo más importante que ahora tenéis que hacer es dedicaros a esa tarea

pastoral imprescindible que es el estudio y la reflexión. Es decir, la mejor tarea pastoral que hoy tenéis en vuestras manos, y os encomienda vuestro Obispo, es la formación humana, comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral. Esta fiesta que nos une a todos, alumnos y profesores, fiesta que celebramos en la memoria litúrgica de uno de los grandes pastores de nuestra Iglesia antigua: San Leandro, se convierte en una ocasión de gracia para convertirnos.

El santo obispo Leandro nos da hoy algunas claves para ser buenos pastores. Sabemos de la atención y cuidado que manifestó para con todos los fieles, de tal modo que se afianzase la vivencia auténtica de la vida cristiana, y lo hizo en momentos adversos para el cristianismo. También sabemos de su preocupación por la formación propia y de la de sus hermanos - prueba de ello la encontramos en su hermano San Isidoro - y ya en aquella oscura época, que va desde finales del siglo VI a comienzos del VII, manifestó su preocupación por la formación doctrinal auténtica, una formación con un sesgo más católico; lo quiso lograr poniéndose en contacto con el floreciente Oriente cristiano, de tal modo que, lo que hoy llamamos "intercambio cultural" ya era una realidad entonces, porque él mismo había vivido en Constantinopla durante tres años, en donde se encontró con san Gregorio Magno, con el que mantendrá una estrecha relación cuando éste ejerza su ministerio como Obispo de Roma y Leandro como pastor en la sede Hispalense. Eran momentos en los que también se estaba comenzando la actividad pastoral en esta Iglesia ourensana, recordad que uno de mis primeros predecesores Witimiro, del que no nos cabe la menor duda documental de su existencia, ya ejerce aquí su ministerio episcopal en torno al año 570. Quizás ya antes había presencia de estructuras eclesiales en esta Diócesis.

La vida de estos pastores, a pesar de vivir en aquellos momentos de crisis de fidelidad y de todo tipo de dificultades tanto fuera como dentro de las mismas estructuras eclesiales, es para nosotros ejemplo de coherencia y de pasión por la formación y el estudio. También hoy, en estos momentos un tanto "recios" en donde el acoso de los medios, sobre todo de los telemáticos, puede llevarnos por el camino del individualismo y de la autorreferencialidad, la Iglesia, como madre y maestra, sigue insistiéndonos en la importancia de nuestra formación.

Pidamos al "Divino Maestro" que nos ayude a descubrir que con las horas de estudio y de reflexión también estamos realizando una noble tarea pastoral que enriquece a toda la Iglesia.

¡Qué así sea!

Celebración del Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas

Capilla del Seminario Menor de la Inmaculada. 4 de diciembre de 2017.

Queridos Señores Rectores
Mis queridos hermanos Sacerdotes
Miembros del Claustro de profesores
Saludo con cordial afecto a todos los familiares de Miguel Rodríguez
Queridos seminaristas
Hermanas y hermanos. Queridos amigos.

En primer lugar quisiera agradecer a los Sres. Rectores de ambos Seminarios y al Delegado de Vocaciones que me hayan dado la posibilidad de realizar este acto en el Seminario Menor; lo hacemos dentro del marco de la Novena de la Inmaculada, patrona de este centro y, también formando parte de las actividades de la pastoral vocacional.

En esta celebración Eucarística un alumno del Seminario Mayor "Divino Maestro" va a ser admitido a las Órdenes del Diaconado y del Presbiterado. Desde este momento quedará encomendado tanto a mí, como pastor de esta Iglesia, como a todos vosotros, que sois el rostro vivo de esta Iglesia, de manera especial al Rector y Formadores, así como a los profesores y demás miembros del Pueblo de Dios. Aunque el último responsable de esta acción es siempre el Obispo, éste siempre se siente apoyado, de una forma solidaria, por aquellos en los que delega para seguir un proceso de discernimiento vocacional. La Iglesia es una gran familia en la que todos, cada uno a su manera, deben responder ante Dios y ante su conciencia de las determinaciones que tomen.

Mi querido Miguel: ya han pasado varios cursos y, después de un discernimiento previo a tu entrada en el Seminario, después de haber acogido tu determinación a las mediaciones de la Iglesia, en este momento te presentas a la Iglesia, acompañado por tus formadores y por la comunidad eclesial para dar este paso que te lleva a emprender ese camino del discipulado de Jesucristo. ¡Él es el gran modelo!. Aunque este rito es litúrgicamente muy sencillo en su expresión, sin embargo encierra en sí un gran significado para ti y para esta comunidad.

Vas entrar a partir de ahora en la etapa discipular, que debe abarcar toda la vida del creyente, porque siempre estamos aprendiendo a ser discípulos del Señor Jesús, debe ser vivida por ti con una especial intensidad.

En primer lugar: hoy te comprometes a cuidar con mayor esmero tu trato con Jesucristo; es decir, ***tu vida de oración***. Esta experiencia te acompañará toda tu existencia. Si la dejas, o no la cuidas, o piensas que este estilo de vida es para observarla en el Seminario, estarás comenzando a recorrer un camino equivocado que te llevará a *poner en riesgo* tu vocación, y no solo eso, sino tu vida cristiana.

Porque la oración personal, mis queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes seminaristas, no es algo que tengamos que vivir los curas y los religiosos/as, sino que es una experiencia de vida que nos configura como cristianos. Si a lo largo del día no tenemos ninguna experiencia de oración somos *cristianos en riesgo*, como afirmaba el santo papa Juan Pablo II.

Resulta curioso, o si queréis, es algo desconcertante. Muchos de nuestros cristianos son capaces de realizar terapias de silencio, incluso de observar prácticas ascéticas o de mortificación cuando las proponen maestros y métodos de espiritualidad oriental para lograr la concentración o evitar el estrés - que es una de las enfermedades del hombre moderno y que afecta ya a nuestros niños y jóvenes -, las consultas de psicopedagogos y psiquíatras están llenas. Hace unos días me comunicaban que en un colegio de secundaria, de orientación católica, ¡no es de nuestra Diócesis!, desde el staff directivo había apoyado estas técnicas de religiones orientales a los alumnos. Y me pregunto ¿es que acaso los directores de ese colegio no conocen las diferentes escuelas de oración y las técnicas de concentración previas que poseemos en el mundo católico?. No han oido hablar de la escuela benedictina, la franciscana, la dominica, la carmelitana, jesuítica; sólo por mencionar a las clásicas, ya que podríamos seguir enumerando otras muchas que avalan la riqueza de nuestro patrimonio espiritual. Estamos aquejados de un fuerte complejo. Valoramos lo que nos viene del extremo oriente y padecemos una fuerte miopía para descubrir los muchos valores que tenemos en casa.

En segundo, lugar, además de tu vida de oración, ***es imprescindible que cuides mucho tu trabajo intelectual.*** El cristiano debe estar formándose siempre y, mucho más, aquel que quiere ser un buen cristiano, que es lo que le corresponde a un candidato a las Sagradas Órdenes. El estudio es una obligación seria y grave, no sólo mientras estamos en el Seminario Menor o Mayor, ¡siempre tenemos que estar actualizándonos!. Si queremos ser buenos servidores de nuestro pueblo y de nuestras gentes tenemos que formarnos bien.

En tercer lugar ***debes ser un hombre de comunión***. Aunque lo pongo en último lugar no creas que es lo menos importante, ¡todo lo contrario!. Si el sacerdote es un hombre de Iglesia y la Iglesia es misterio de comunión, necesariamente los cristianos, y de manera especial los llamados con especial vocación, como es la sacerdotal tenemos que ser, no sólo hombres de comunión, sino constructores efectivos de comunión. ¿Cómo podemos lograrlo?. Viviendo la unión con el Papa y el Obispo, aunque no nos caiga bien, aunque no nos guste. Son ellos, y en especial para los que vivimos en esta Iglesia particular, es nuestra comunión con el Obispo Diocesano la que nos une al Papa y a toda la Iglesia Universal. Algunos tienen la tendencia a convertir su grupo de amigos, su parroquia, su asociación, en el único punto de referencia eclesial; ¡entran en ese proceso de autorreferencialidad de la que tanto nos habla el papa Francisco!, que termina empobreciéndo-

nos y apartándonos de la Comunión. En este momento del proceso en el que te encuentras, querido Miguel, ser hombre de comunión pasa por implicarte en esa comunidad de referencia que para ti es el Seminario Mayor con tus formadores y compañeros; ellos constituyen ese presbiterio en gestación que de acuerdo con tus actitudes y tus implicaciones serán el cauce adecuado para hacerte madurar en este camino que, si Dios quiere, te llevará a las Sagradas Órdenes y a partir de ahí a tu vida de pastor en y al servicio de una comunidad. No te olvides nunca que el punto final de nuestra vida no es la Ordenación, sino la plenitud de la vida cristiana que se llama santidad personal. Recuerdo a un alumno mío que tuvo bastantes problemas para ser ordenado, sobre todo por problemas académicos, y cuando por fin alcanzó la superación de todas las materias, fue ordenado de cura, al terminar la ordenación tuvo unas reacciones públicas tan duras con los formadores y profesores que fueron una muerte anunciada: muy pronto se situó en la desobediencia frontal al Arzobispo, se instaló en la seguridad del euro y cortó con todos y con todo.

¡Qué importante es la comunión mis queridos hermanos!

Queridos seminaristas: si en vuestro camino hacia el sacerdocio os dais cuenta de que vuestra conversación ordinaria es de crítica y de censura a todo lo diocesano, si no hay ninguna implicación por vuestra parte en la vida comunitaria del Seminario, sino todo lo contrario, o cuando hacéis algo lo realizáis para que os vean los formadores; si consideráis el Seminario como un lugar transitorio que hay que sufrir y no como una pequeña familia, un cauce en el que hay que aprender a madurar y a sentir ya, de manera anticipada, la vida del Presbiterio Diocesano con sus luces y sombras; si no lucháis contra la maledicencia y la crítica destructiva y demoledora contra todo y contra todos, de manera especial contra vuestros compañeros. Si actuáis así, no os engañéis, ¡no servís para sacerdotes de la Iglesia Católica!. Si no lucháis por cambiar esa forma de actuar y ese talante tan peculiar y enfermizo, no seréis esos cristianos que están en camino de santidad, de plenitud.

Ayer hemos comenzado el tiempo de Adviento. Es una ocasión propicia para examinar cómo va nuestra esperanza. La liturgia de la Palabra nos propone unos verbos imperativos de acción: *Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuando es el momento*. Y un poco más delante vuelve a insistir: *Velad porque no sabéis cuando vendrá el Señor*…y concluye *lo que os digo a vosotros, lo digo a todos ¡Velad!.*

Estamos en una sociedad llena de esperanzas, yo diría de muchas esperanzas y expectativas.

- ¡Cuántos de nuestros ciudadanos no esperan que les toque la Lotería de Navidad!
- ¡Cuántos de vosotros no esperáis que las próximas calificaciones sean óptimas!

- Puede ser que algunos de los que están esperan llegar a ser curas ¡u obispos!. Sin estudiar, sin trabajar, sin contar con Dios y con su Providencia…

Muchas esperanzas…pero poca esperanza. Las esperanzas nos las creamos nosotros. La esperanza se apoya en Dios; por eso el Apóstol finaliza su carta diciéndonos: *¡Fiel es Dios!*. Nuestra esperanza se apoya en la fidelidad de Dios que no traiciona, que nos perdona, que nos ama y nos quiere más que nadie, por eso cuando rezamos y le escuchamos descubrimos que nos quiere santos, quiere que seamos más estudiosos, más trabajadores, más honrados, más limpios, menos criticones… Un buen cauce que Dios tiene para enseñarnos a vivir la esperanza cristiana es cuidar bien el examen de conciencia que hacemos por la noche antes de acostarnos. En ese momento es donde descubrimos cómo Él es fiel y no cambia de criterio, nos sigue amando a pesar de nuestros pecados y miserias. Nos sigue animando a que nos levantemos y sigamos caminando. Nos ayuda a descubrir que santo no es el nunca cae, sino en el que siempre se levanta.

Especialmente en este tiempo de Adviento, pero acontece toda la vida, a nuestro lado tenemos siempre a una gran maestra que nos ayuda a ser files y nos enseña a vivir el auténtico sentido de la esperanza: ¡nuestra Madre Inmaculada!. Acudamos a Ella todos los días.

Mi querido Miguel: movido por el amor de Dios y fortalecido por la actuación del Espíritu Santo, has tomado la decisión de manifestar públicamente tu deseo de entregarte, mediante el Orden sagrado, al servicio de Dios y de los hombres, decisión que acojo con gozo. A partir de este momento, como ya he dicho antes, debes cultivar con más intensidad tu vocación, especialmente aprovechando aquellos medios que la Iglesia diocesana pone a tu alcance, serán medios modestos y humildes, pero son las mediaciones que el Señor pone en tu camino. Acógelos con sencillez y humildad; si obras así crecerás en vida interior y será fuerte tu determinación.

Todos nosotros, comenzando por el Obispo y finalizando por el último de los bautizados aquí presentes, te ayudaremos con la caridad pastoral y con nuestra oración.

Te encomiendo a la Madre Inmaculada, la Virgen fiel para que crezcas en este santo propósito que hoy manifiestas ante la comunidad aquí reunida. Qué así sea.

Celebración de la Institución de Ministerios de Lectorado y Acolitado

Capilla del Seminario Divino Maestro. 10 de diciembre de 2017.

La Palabra de Dios en este II Domingo de Adviento es como un aldabonazo a nuestra existencia tantas veces tibia, cómoda o poco comprometida. Recordad: *Hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio* (…) y más adelante, añade: *Una voz grita: En el desierto prepararle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios* (…) *Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion; alza fuerte la voz (…), álzala, no temas, di* (…) *Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda. Mirad, viene con él su salario y su recompensa lo precede* (cf. Is 40, 1-5.9.11).

En una sociedad como la nuestra, los sacerdotes no podemos ser mudos, y muchísimo menos los obispos. Pero también todos los bautizados estáis invitados a gritar, a preparar el camino, a convertiros en heraldos de Dios, en pregoneros del Evangelio de la Alegría, a subir al monte elevado para desde allí alzar la voz y decir: *Aquí esta vuestro Dios*. Ese es el gran problema de nuestros conciudadanos y de muchas comunidades, no son conscientes de que Dios está aquí, de que Dios está en medio de nosotros, de que Dios no es una idea abstracta que sirve para que unos y otros la instrumentalicen y la conviertan en arma arrojadiza. ¡No!. El "dios" que es instrumentalizado por el hombre ese no es el Dios misericordioso anunciado y mostrado por Nuestro Señor Jesucristo, el auténtico rostro visible del Dios invisible.

Cada cristiano, desde el momento del bautismo, ha recibido la misión de ser profeta, y eso tenemos que vivirlo en nuestra situación concreta. El Apóstol nos invita a preparar *el Día del Señor*, *el Día de Dios,* teniendo en cuenta *que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día* (Cf. 2 Pe 3, 8-14). No podemos pensar que *esos cielos nuevos y esa tierra nueva en los que habita la justicia* es cosa de un momento, está ahí. ¡No caigamos en esa tentación!. Esos cielos nuevos y esa tierra nueva comienzan ya aquí, por eso san Pablo añade: *mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables.* Es tanto como decir que nos encuentre luchando con afán de santidad. Porque no nos podemos olvidar nunca, mis queridos hermanos sacerdotes y, sobre todo vosotros, mis queridos seminaristas que vais a ser instituidos en el Lectorado y en el Acolitado, de nada sirve todo esto, si no tomamos en serio el gran proyecto de vida que nos ha marcado el Señor desde la primera llamada bautismal, y refrendó en momentos sucesivos a lo largo de nuestra vida, a través de las mediaciones de la Iglesia, de manera especial en aquel instante en el que comenzamos a sentir que él nos hablaba en nuestro interior y nos decía: ¡*Lanza las redes!, ¡Entrégate!, ¡Tú eres mío!.* Son los momentos de Dios. El instante

de Dios. De un Dios que habla en el desierto, en el silencio, en la soledad. Muy pocas determinaciones de santidad, o casi ninguna, han surgido en medio del ruido atronador de una discoteca; o quizás mientras estábamos enchufados en nuestro mp4, o atrapados al WhatsApp. ¡Qué aleccionador es el Evangelio de este Domingo: *Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos* (Mc 1,1-9).

Convenzámonos, mis queridos seminaristas, que mientras no emprendamos el camino de una ***pastoral de la santidad***, como nos aconsejaba san Juan Pablo II, y nos sigue insistiendo el papa Francisco, nuestros afanes apostólicos serán simples movimientos de personal, de un lugar para otro, pero que no dejan poso, como lo han hecho los santos. Allí donde estuvieron, allí germinó una vivencia más comprometida de la fe y de la Iglesia.

Hace unos días, un eclesiástico de la Curia Romana, dirigiéndose a un numerosos grupo de religiosos y religiosas reunidos en la capital de España, les decía: *Es significativo a este respeto como las JMJ son muy concurridas, pero nuestros noviciados, lo mismo que los seminarios, siguen vacíos.* Y añadía una reflexión muy sugerente: *resulta paradójico el hecho de que los religiosos sean titulares de centros escolares en los que se educa una no desdeñable cantidad de jóvenes y estos no se sientan algo más interpelados por el modo de vida de sus profesores y maestros…* Es verdad que tanto los religiosos como las religiosas se desviven por darles ese plus evangélico y quizás vocacional - lo mismo que intentamos hacer en nuestro Seminario Menor de la Inmaculada - , ciertamente, existen también otros factores que afectan a la existencia vital de los niños y jóvenes que pasan por nuestros centros católicos. De todos modos tenemos que seguir luchando y no perder la esperanza. Apostando por ofrecer, sin miedo, que vivir la vida cristiana es una aventura muy hermosa. Y cuando digo vida cristiana me refiero a los simples compromisos bautismales, porque si estos se viven bien de ahí podrán surgir jóvenes que se planteen en cristiano el noviazgo; y quizás, también algunos o algunas, puedan recibir una llamada especial del Señor para un estilo de vida diferente, pero primero es lo otro. Porque si no tenemos cristianos, ¿cómo podemos tener vocaciones?.

Sin embargo, no podemos olvidar que, en nuestro caso, lo que más valoran nuestros niños, jóvenes y mayores es la autenticidad en la manera de vivir nuestra vocación sacerdotal. Eso se nota, sin hacer publicidades, en el trato mutuo y fraterno, en evitar los enfrentamientos y descalificaciones, en cubrir las espaldas del hermano y no caer en críticas y murmuraciones destructivas, en que nos vean alegres y no resentidos, ni enfadados, o con cara de funeral - como dice el Santo Padre -; que vean que lo que hacemos lo realizamos con autenticidad y no para cumplir una función sacra. Que cuando nos contemplen al celebrar la Santa Misa, con paz y reposo - aunque tengamos que acortar la homilía -, comprendan que creemos en lo que estamos haciendo; es muy importante que nos vean re-

zando ante el sagrario abandonado y frio de nuestra parroquia; que puedan descubrir que tenemos corazón cuando asistimos a unas exequias o nos acercamos al tanatorio para rezar por un difunto; que nunca encuentren en nosotros personas agarradas e interesadas por los dichosos euros.

Nuestros niños y jóvenes necesitan que el sacerdote, el seminarista, el religioso, sea una atalaya en medio de tantas zafiedades y de intereses fraudulentos, una voz que clama a tiempo y a destiempo en el desierto del corazón de tantos de nuestros conciudadanos y que siempre esté dispuesto a escuchar, a curar, a perdonar. En definitiva quieren descubrir y ver en nosotros a un hombre que cree en Dios y por ese Dios se entrega con alegría al servicio de los hermanos.

Nos encontramos realizando un Sínodo Diocesano que en estos momentos de su breve recorrido ya está siendo una ocasión de revitalización de nuestra fe, de conversión y de gracia. Nuestro Sínodo nos tiene que ayudar a vivir también, en sintonía con el Sínodo de los Obispos, convocado por el Papa para el próximo mes de octubre de 2018. Sabéis que tiene como tema de reflexión: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento*. Tenemos que caminar unidos y en la misma dirección, para eso, entre otras cosas, la experiencia sinodal.

Mis queridos seminaristas que hoy vais a ser instituidos en el Lectorado y el Acolitado. Bajo esos ministerios que sé que os habéis preparado con ilusión para recibirlos, tenéis que descubrir que, en la medida en que deis este paso con seriedad de corazón y con entrega, os estaréis preparando para el día en el que nuestra Iglesia diocesana será enriquecida con vuestro presbiterado. Los ministerios, lo dice la misma palabra, son para servir, no para servirnos de ellos, ni para pretender estar por encima de nuestros hermanos laicos; ¡todo lo contrario!, a medida que os acerquéis al Sacramento del Orden tenéis que ir creciendo en vida de oración, de estudio, de pobreza y de obediencia apostólica, de fraternidad y de comunión, y en humildad de corazón para que se os conceda el don de la libertad verdadera y así podáis vivir con alegría el celibato por el Reino. Todas estas realidades que configuran nuestra vida cristiana y sacerdotal son importantes, pero de manera especial, en estos momentos de la historia de nuestra Iglesia particular, la *fraternidad y la comunión*, son hoy más importantes que nunca. Es más, si por vuestra manera de ser y de actuar, no os sentís capacitados para una relación normal con los compañeros del Seminario y con vuestros formadores, sino que buscáis siempre el camino del aislamiento, o quizás os instaláis en la crítica negativa y amarga, sin aportar soluciones a los problemas, ¡que siempre los hay!, pensad bien si el Señor os ha concedido el don del ministerio ordenado o quizás habéis sufrido un espejismo. El seminarista que no esté dispuesto a vivir y a trabajar en fraternidad y en comunión, no está capacitado para integrarse en el Presbiterio diocesano que es cauce de fraternidad y de comunión. Hoy sin la vivencia existencial de la comunión eclesial no se entiende el ejercicio del minis-

terio ordenado.

Estáis muy cerca del Diaconado que os *habilitará para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la Palabra y de la caridad (*Benedicto **XVI, *Motu proprio*** *Omnium in menten*, 26 de octubre de 2009, art. 2). Como veis, todo se entiende desde el prisma del servicio al pueblo de Dios, que reza por nosotros para que les podamos servir como la Iglesia quiere que le sirvamos. Os ruego pues, mis queridos seminaristas, que os convenzáis de que el mejor señorío de un cristiano es servir y para lograrlo os invito a que aprendáis en la escuela de la Madre del Divino Maestro, nuestra madre Inmaculada, que con su sencillez y humildad hizo realidad el misterio de la Encarnación de Dios en el mundo. Vosotros tenéis que ser esos instrumentos de la encarnación de Dios, primero a través de vuestra vida cristiana coherente, siendo lectores, es decir, contempladores y servidores de la Palabra del Señor y, además, ministros de la vida entregada de Dios por nosotros a través del servicio delicado de la Santa Eucaristía. Eso pido hoy al Señor con toda esta Iglesia que de forma vicaria se ha reunido en este cenáculo, que es la capilla del Seminario del Divino Maestro, que tiene para muchos de vosotros una resonancia especial que os recuerda la fidelidad de Dios para con vosotros, una fidelidad que jamás se cambia, ni se cansa, porque sólo Dios es fiel y ¡sólo Dios basta!

¡Que así sea!

Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de Sor Dorinda Sotelo, Hija de la Caridad y del Padre Benito Paradela, Congregación de la Misión y de otros 58 mártires de la Familia Vicenciana

Catedral de Ourense, 6 de diciembre de 2017.

Excmo. Cabildo Catedralicio
Mis queridos Hermanos sacerdotes

Hermanas y hermanos que sois miembros de los Institutos de Vida Consagrada, de las Sociedades de Vida Apóstolica y de los Institutos Seculares. En especial os saludo a vosotros los Padres Paúles y a las Hijas de la Caridad que ejercéis vuestro trabajo ministerial y apostólico en esta Diócesis.

Con un cariño especial os saludo a los familiares de la Beata Dorinda de Lodoselo y del P. Benito de Amoeiro. ¡Qué Dios os bendiga!.

Con cordial afecto quisiera saludaros también a vosotros, los que formáis parte de la Asociación de la Medalla Milagrosa, de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de todos los que os movéis bajo el carisma vicenciano.

Hermanas y hermanos. Queridos amigos todos:

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo? (Lc 9, 23-26).

Aquellas palabras pronunciadas por Jesús hace más de dos mil años siguen causando un fuerte impacto en cada uno de nosotros, sobre todo cuando somos capaces de acogerlas con un corazón abierto a la fe y a la gracia: *El que pierda su vida por mi causa la salvará*. En una sociedad tan materializada y hedonista como la nuestra, estas palabras provocan una fuerte sacudida. Casi nos estremecen. ¡Salvar la vida!. ¿Quién no quiere salvar la vida?, ¿quiénes, de los que estamos hoy aquí, no hacemos todo lo posible por salvar la vida?. ¡Es lógico querer salvar la vida y los bienes que se posee!; es más, podemos decir que es una consecuencia de ese movimiento instintivo que todos los seres vivos tenemos, y cuando decimos seres vivos nos referimos a todos, ¡también a los irracionales!.

Sin embargo, la dinámica de la fe en Jesucristo nos sitúa en otra dimensión y nos mueve en otra dialéctica totalmente diferente, porque de lo que nos habla el Señor es de *dar la vida para obtener la Vida* - con mayúscula-; en este sentido ya las cosas cambian. Para los cristianos Jesucristo es la Vida, cuando nos detenemos por el camino del conocimiento de Jesucristo, leyendo el Evangelio, meditándolo, haciéndolo carne propia, entonces podemos descubrir cuál es la verdadera vida. No es fácil para nosotros, ciudadanos de la sociedad actual, entender esto. Resulta incomprensible para muchas personas entender el sentido de la muerte

de Sor Dorinda y del P. Paradela y de sus compañeros mártires. La primera ha muerto por ser religiosa - con solo 21 años - y cuidar enfermos en un hospital de tuberculosos en Barcelona. El P. Paradela por ser religioso y vivir y vestir como tal. Contemplada su muerte con los criterios del mundo de hoy nos parece una muerte absurda. Sin embargo, los planes de Dios no son nuestros planes. Los mártires son sobre todo ¡testigos!. ¡Sí!, única y exclusivamente testigos de la Vida. De la Vida eterna.

Mis queridos hermanos y hermanas: en la actualidad, incluso para los cristianos, la fe en la resurrección parece que nos resulta muy difícil. En algunos casos la aceptamos como una posibilidad, más que como una certeza segura. Esta manera de pensar es la causa de que nuestro estilo de vida cristiano sea tan débil, tan poco comprometido. Nos asusta cualquier cosa. Nos da miedo el qué dirán. Nos avergonzamos incluso de ser cristianos, o que nos descubran como tales. Nuestra fe en el Dios de la misericordia y del perdón, que es Padre y nos ama con ternura infinita, un Dios que se nos ha hecho próximo, tan próximo en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo que asumió nuestra pobreza, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado, para enriquecernos con su pobreza.

Este Jesús, Dios encarnado, ha fascinado la vida entera de los santos. Con qué razón se nos ha dicho que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús* (*Evangelii gaudium*, nº 1). Estamos celebrando el feliz acontecimiento de los 400 años del comienzo del carisma vicenciano y en esta perspectiva adquiere una mayor resonancia esta reciente beatificación. San Vicente de Paúl, que nació en el seno de una familia muy pobre pero de hondas costumbres cristianas, nos ayuda con su testimonio tan actual. Su inteligencia despierta hizo que su padre le llevase al Seminario. Se ordenó muy joven, a los veinte años. Quería que se le destinara a alguna parroquia para ser un cura de aldea y poder ayudar a su familia tan necesitada. Sin embargo, en aquel complejo siglo XVII francés, una serie de circunstancias convirtieron a Vicente de Paúl en un cristiano que supo descubrir a Jesucristo en los necesitados. Con la intuición propia de los hombres de Dios San Vicente llegó a escribir a un misionero de los paúles: *Cuide bien su pobre vida, conténtese con ir gastándola poco a poco en el amor divino; no es suya sino del autor de la vida, por cuyo amor tiene usted que conservarla hasta que se la pida, a no ser que se presente la ocasión de darla, como ese buen sacerdote de ochenta años, que acaban de martirizar en Inglaterra con un suplicio cruel* (SVP, II, 156).

En aquel horizonte existencial San Vicente sabía que el martirio era un acontecimiento extraordinario, por eso él enseñaba a sus misioneros a vivir entregándose en lo ordinario al servicio de Dios en los pobres; aunque era consciente de que *no hay ningún acto de amor más grande que el martirio*. En realidad, San Vicente estaba preparando a sus hijos e hijas para la vida martirial que recorrió Francia

un siglo más tarde.

Ante el testimonio de nuestros Beatos Sor Dorinda y el P. Benito, así como el Hno. Narciso Pascual y el P. Atanes, todos ellos nacidos en estas tierras ourensanas, que a lo largo de la historia ha sabido ser muy generosa por la santidad de sus hijos y por el martirio, prueba de ello son los testigos de Cristo que encontraron la muerte en las invasiones musulmanas que asolaron esta ciudad hasta convertirla en ruinas, muchos de ellos son mártires anónimos. Seguro que los nombres de Marina y Eufemia, así como otros muchos que no conocemos, tan unidos a la tradición de nuestra Iglesia local desde los primeros momentos, formaron parte de aquel numeroso grupo de fieles cristianos de estas tierras, que llevaban el nombre de los antiguos mártires, y que encontraron la muerte por ser fieles a Jesucristo en aquellos momentos oscuros y dramáticos de nuestra historia. De otros, como lo fue más tarde san Francisco Blanco de O Tameirón, joven franciscano, testigo de Cristo en las tierras de Oriente, se guarda una memoria viva en el altar que a él se le ha dedicado en el Pórtico del Paraíso de esta Catedral.

Los mártires han sabido ser testigos coherentes del Señor resucitado que nos interpelan a nosotros y nos dicen hoy, en medio de una existencia creyente un tanto tibia y acomodada, ¿creéis de verdad en la vida eterna y en la resurrección de los muertos?, ¿esperáis la vida eterna?. Sí, es verdad, todos decimos que queremos ir al Cielo, lo decimos así, coloquialmente, pero "sin prisas". Cuando hacemos esta afirmación no estamos cayendo en lo que el papa Francisco denomina *mundanidad* y esa actitud acaso no denota una falta de coherencia espiritual. Hermanos míos, la vida pasa, este mundo no es definitivo, nosotros esperamos unos *cielos nuevos y una tierra nueva*; es decir, aguardamos una vida gloriosa inmortal que el Padre Dios nos ha prometido, ese será el Día de Dios, el día eterno, en comunión con la vida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. Eso creían los mártires, o quizás sería mejor decir, eso vivían los mártires, por eso eran capaces de estar más pendientes de las necesidades de los otros que de ellos mismos, y eso lo hacían con alegría, despreocupados de buscar sus propias seguridades, porque su vida estaba fundada en el Dios de la misericordia y del perdón. Sabían que Dios nos ama y que nos ha dado a Jesucristo - y a éste crucificado por amor redentor de toda la humanidad -; nos lo ha dado como Salvador universal, como Señor y Rey, en Él y por Él nos perdona, nos infunde su Espíritu Santo vivificador que nos concede sus dones. Este Cristo nos justifica y nos abre las puertas de su vida inmortal. Por eso los mártires, desde la sencillez de su vida, tanto las Hijas de la Caridad, como los miembros de la Congregación de la Misión, como los cinco sacerdotes diocesanos vinculados a la espiritualidad vicenciana, así como los trece laicos, algunos de ellos padres de familia y muy jóvenes, fueron martirizados por ser cristianos y por su devoción a la Virgen Santísima en su advocación de la Virgen Milagrosa.

Entre los despojos mortales de algunos de ellos se encontró la medalla de la Milagrosa. Alguno murió por defender una imagen de la Virgen Santísima. ¿Qué llevamos hoy sobre nuestros pechos?, ¿qué adorna el cuello de nuestros niños y jóvenes?, ¿qué tenemos en la pared de nuestros dormitorios?. En una generación como la nuestra tan laicizada y frívola, también nosotros corremos el riesgo de avergonzamos de cosas tan pequeñas, porque nos falta amor y piedad, no puede haber mártires porque no hay testigos vivos de Jesucristo.

Qué consoladoras son aquellas palabras del sucesor de San Vicente de Paúl al frente de la Congregación de la Misión y de la Compañía de la Hijas de la Caridad, el Padre Tomaz Mavriz que, con motivo de la beatificación de los ***60 Mártires del siglo XX en España de la familia Vicenciana***, nos decía: *La Iglesia se ha engrandecido gracias a la predicación silenciosa de sus santos mártires. Y nuestra Familia, exactamente igual.* Y concluye con un pensamiento de San Vicente*: Por uno que reciba el martirio, vendrán otros muchos; su sangre será como una semilla que dará fruto, y un fruto abundante (SPV IX, 1089).*

Que la sangre de estos dos beatos mártires de nuestra Diócesis suscite en todos los fieles de la Iglesia, que peregrina por las tierras de Ourense, ansias de renovación tanto personal como comunitaria, de tal modo que así construyamos una Iglesia más creíble, más apostólica y que sea un signo vivo de la ternura de Dios a través del ejercicio y del perdón del que han sido maestros los beatos Sor Dorinda de Lodoselo y el P. Benito de Amoerio.

¡Qué así sea!

DISCURSOS

Acto académico solemne e público da Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo

Celanova, 2 de decembro de 2017.

Excmo. Sr. Director da Academia Auriense-Mindoniense
Excmos. e Ilustrísimos Sres. Académicos
Excmas. e Ilustrísimas autoridades
Ilmo. Sr. Presidente e membros do Patronato da Fundación San Rosendo
Ilmo. y Rvdmo. Sr. Fundador e Presidente Honorario da Fundación San Rosendo, querido D. Benigno.
Donas e Cabaleiros
Benqueridos amigos

Reunímonos para celebrar este acto solemne da Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo neste magnifico e o mesmo tempo grandioso auditorio que é o templo da antiga abadía do Divino Salvador de Celanova, hoxe parroquia de San Rosendo, e facémolo non só para a sesión ordinaria da Academia e a ofrenda floral a San Rosendo, senón tamén para celebrar o nomeamento de San Faustino Míguez, sacerdote escolapio, fundador das Fillas da Divina Pastora, como protector da Academia, que o pasado quince de outubro foi canonizado polo Santo Padre Francisco. Felicítovos Sr. Presidente e Sres. Académicos por escoller a san Faustino como Protector da nosa Academia. O Padre Faustino Míguez, no só é un home que naceu nesta bisbarra de Celanova, na parroquia de Acebedo del Rio senón porque é unha auténtica testemuña de home crente, preocupado pola promoción da muller, gran observador e coñecedor da natureza, creador de produtos farmacéuticos e sempre aberto o coñecemento. San Faustino é o prototipo de crente que serve de modelo aos señores académicos, aos cregos e a todolos cristiáns e homes e mulleres de boa vontade.

Felicito ó Excmo. Sr. Dr. D. Xosé Marqués pola sua incorporación a esta Academia Auriense-Mindoniense, deste xeito ábrese, unha vez mais, a nosa Academia as terras irmás de Portugal.

Sinto unha alegría especial polo recoñecemento que a Academia fai ó outorgar o Premio Manuel Iglesias Grande a *Fundación San Rosendo* a que como Bispo de Ourense síntome estreitamente vencellado.

Tras la ***Fundación San Rosendo*** se esconden muchos rostros, algunos son ya sombras silentes de una historia que ha pasado; otros, realidades vivas que en la actualidad se convierten en fuertes aldabonazos para las conciencias acomodadas que, tantas veces, nos ayudan a despertar de nuestras comodidades y miedos.

Entre esas personas yo quisiera mencionar a ***D. Benigno Moure Cortés*** que con su arrojo y optimismo, con su temple y constancia, con su fuerte dinamismo evangélico ha hecho realidad lo que hoy es esa cadena de residencias y de obras de beneficencia que fueron surgiendo desde aquel año de 1972, momento en el que siendo joven sacerdote, fue nombrado Director de Cáritas Diocesana de Ourense y Delegado Episcopal de Acción Caritativa y Social.

Todas estas obras son muestra evidente del corazón de un hombre que desde los comienzos de la década de los años setenta ha sabido leer los *signos de los tiempos* en la auténtica clave que había ofrecido el Concilio Vaticano II. Él ha sabido anticiparse a lo que el papa Francisco denomina *una Iglesia en salida a las periferias*.

La Fundación San Rosendo es hoy una realidad constituida por 70 centros, de los que un 85% de los mismos se encuentra situados en cuarenta núcleos del ámbito rural gallego, contribuyendo así a una revitalización de este entorno geográfico y humano tan abandonado. En esos centros se ofertan unas 3.640 plazas asistenciales, de ellas podemos subrayar que:

- 59 son residencias para atender a personas mayores válidas y asistidas.
- 11 son centros especializados en la atención de personas con alguna discapacidad y, además, una comunidad terapéutica de alcoholismo.

La Fundación es una gran familia constituida por 1.672 trabajadores en la actualidad, que en períodos vacacionales aumenta.

Estos centros han dado a nuestro pueblo una fisonomía más cordial y un rostro nuevo en donde la realidad de la humanización, de la socialización y del progreso se convirtió en un signo elocuente que hoy nos enorgullece a muchos, y nos llena de alegría y esperanza. En Galicia, y de manera especial en estas tierras ourensanas, hablar de la ***Fundación San Rosendo*** es decir ***D. Benigno Moure***. En aquellos primeros momentos, con un buen grupo de colaborados, fue haciendo realidad lo que la Doctrina Social de la Iglesia iba vislumbrando, tímidamente, en el horizonte de un mundo necesitado de ternura y misericordia. D. Benigno era, y sigue siendo, un hombre de equipo. Su espíritu de auténtica comunión, su actuación eclesial, su bonhomía, han hecho de él un referente que va más allá de nuestras fronteras. En cierta ocasión, el mismo D. Benigno, con palabras breves, pero precisas, recordaba aquel primer momento fundacional: *Un día Cáritas Diocesana y luego la Fundación San Rosendo contempló y dio respuesta a tantas necesidades*. Para el fundador de esta institución existe una línea de continuidad entre la Caritas Diocesana de Ourense y la Fundación San Rosendo que al observar las necesidades humanas y sociales, no se puso a teorizar sobre ellas - como sucede a menudo - sino que se puso en camino. Como pastor de esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense, en cuyo regazo nació este proyecto humanizador de la sociedad no sólo ouresana, sino gallega, hago mías las palabras de agradecimiento

de su joven presidente D. José Luis Gavela y ruego que nunca se pierda ese espíritu creativo y solidario que siempre ha sido el faro que iluminó todos los proyectos de la Fundación San Rosendo.

Señoras y Señores Académicos:

como Patrono de esta institución quisiera haceros un ruego, no sólo a vosotros, sino a todos los asistentes a este acto, con la finalidad de que seamos conscientes de los momentos recios que nos ha tocado vivir.

En el Título I de los Estatutos de la Academia, en donde se define el marco constitucional y los fines de la misma, se lee en su art. 3º que esta institución quiere ofrecer a la sociedad un *referente más de cultura que se inspire en el principio de la dignidad del hombre y demás valores trascendentes de la civilización cristiana*. Como académicos que sois debéis estar abiertos a todo horizonte especulativo y, al mismo tiempo, tenéis que estar vigilantes de que los fines de vuestra Academia se hagan realidad. Vivimos en una sociedad democrática y plural. Como miembros de esta Academia de hondas raíces cristianas no podéis aceptar discriminación alguna por ninguno motivo, sea este el que sea, por la simple razón de que siguiendo la estela de San Rosendo queréis ser constructores de auténtico diálogo social, generadores de un sano pluralismo y sujetos activos de la cultura del encuentro. Sin embargo, en el horizonte de nuestro país hay instituciones apoyadas por fuertes poderes económicos e ideológicos que paulatinamente quieren cambiar la concepción del ser humano y su configuración personal, así como la estructura del matrimonio y de la familia natural. Se proponen leyes, algunas ya aprobadas, que afectan radicalmente a la libertad de los individuos y de las instituciones, leyes que en sí mismas tienen una *vocación integral*, ya que quieren influir en la vida personal, familiar y social; en el ámbito jurídico, laboral y docente; en la cultura, deporte y ocio; en los medios de comunicación social y, aunque no queramos, en las actividades mismas de instituciones como esta en la que nos encontramos. Leyes que nos encaminan, sin que nos demos cuenta, a un *transhumanismo*, porque se proponen como leyes omniabarcantes e ideologizadoras.

Nos encontramos en un templo. Dentro de unos días escucharemos cómo la Palabra de Dios nos dice: ¡*es hora de despertar*!, ¡cierto!. Debemos esforzarnos todos por despertar de nuestras inercias y estar atentos para desenmascarar a aquellos que ,con su *ingeniería ideológica*, so capa de un falso progreso social, quieren construir un ser humano distinto, una familia diferente, una cultura diversa e incluso pretenden repensar la historia y reconstruirla de acuerdo con sus criterios ideológicos. La Academia Auriense-Mindoniense está comprometida y animada por el deseo de ofrecer a la sociedad un referente cultural asentado en el sano humanismo que tiene su punto de referencia en Dios y su cauce de actuación en el recto uso de la racionalidad humana, punto clave de ese diálogo fecundo entre

la fe y la cultura que debe inspirar todos nuestros trabajos y proyectos.

Eso deseamos, eso pedimos y suplicamos al Dios que es Camino, Verdad y Vida.

¡Qué así sea!

† *José Leonardo Lemos Montanet*
Obispo de Ourense
Patrono de la Academia Auriense-Mindoniense

Discurso a los Docentes Católicos en su encuentro en Laias

2 de diciembre de 2017.

A nadie le resulta novedoso el hecho de que la cultura actual está atravesando una serie de crisis y de nuevas problemáticas que provocan una *emergencia educativa*, término acuñado por Benedicto XVI con el que quiere expresar que los procesos educativos, en medio de tantas dificultades, deben esforzarse por crear unas nuevas relaciones educativas entre los mismos docentes, entre docentes y familia, y entre docentes, familia y alumnos. Estas relaciones para ser auténticas tienen que transmitir a las jóvenes generaciones valores y principios existenciales que les llenen de esperanza y les conviertan en constructores de una civilización nueva, aquella que era definida por san Juan Pablo II, como civilización de la paz y del amor. Este concepto de *emergencia educativa* es, como ya queda dicho, muy reciente; sin embargo, es necesario afirmar que la Iglesia desde sus orígenes se entiende como una comunidad que ha luchado por ser fiel al mandato del Señor: *Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos (…) enseñándoles a guardar todo lo que yo os mando* (Mt 28,19-20); y ese imperativo de Jesús se ha vivido en medio de las graves dificultades de cada momento.

Esto no quiere decir que desde vuestras aulas, el profesor/a que se esfuerza por vivir como cristiano, como auténtico hijo de la Iglesia, tenga que convertir su cátedra en un púlpito, ni en un ámbito de proselitismo. ¡Todo lo contrario!. Se trata de que con su actitud vital, su - diríamos - talante personal, su comportamiento, su espíritu de servicio, su compañerismo, su manera de acercarse al alumno/a, aunque sea en clase de Matemáticas, Física-Química, o en ERE debe manifestar un *plus* que le llegue a convertir en un reclamo; es decir, que sea un interrogante ante sus compañeros y alumnos.

En estos momentos de nuestra historia estamos viviendo un gran reto, de hecho hoy se habla del ***reto de educar***.

No podemos encogernos, ni tener miedo, hoy la educación se ha convertido en un campo de batalla de intereses ideológicos porque todo el mundo sabe que la educación es objeto de intereses para todos los grupos, asociaciones, partidos políticos. Sabemos que ocupa un lugar destacado en los programas de los partidos políticos, corrientes culturales, sistemas ideológicos, lobbies internacionales, sociedades filosóficas, etc. En todos, o casi todos, se echa en falta la afirmación de que la educación es muy importante porque con ella se consigue el desarrollo integral de la persona y se le ayuda a plantear su vida de cara a su último fin trascendente. Olvidar esto es ignorar lo que está pasando en nuestra sociedad española y gallega:

Desde 2012 la cifra de suicidios **nunca ha bajado en Galicia de los 300 casos**

por año y en 2016 se registraron 21 muertes autoinfringidas más, **pasando de 324 a 345 casos**, lo que supone **un incremento del 7 % con respecto al año anterior**. Son algunos de los datos que explican que el Movemento Galego de Saúde Mental encabece, desde hace varios ejercicios, la reivindicación de un Plan de Prevención del Suicidio en Galicia que haga frente a uno de los mayores problemas de salud pública. Galicia, con aproximadamente el 6% de la población del estado, registra no obstante el 9,5% de las muertes tras lesiones y/o sobredosis autoinfringidas.

El suicidio es la tercera causa de muerte en el grupo de edad de entre los 15 a los 29 años, superado sólo por las causas externas de mortalidad y los tumores, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística. En los últimos datos disponibles se pone de manifiesto que 310 niños y jóvenes menores de 30 años se quitaron la vida, lo que supone un 7.77% del total de víctimas del suicidio. El presente artículo, pretende describir profusamente el estado de la cuestión a la luz de los datos disponibles en la literatura, partiendo del panorama general a nivel mundial. Se discuten las causas que pueden desembocar en este tipo de actos, señalándose la presencia de trastornos psicológicos, variables concretas de personalidad, la alta carga de estrés emocional y, especialmente, el *bullying*, últimamente desplazado por nuevas vertientes como el *bullying* electrónico o el *sexting*.

El papa Francisco también ha acuñado el término de "colonización ideológica" en ri que se refiere, sobre todo, a la llamada ideología de género que se está imponiendo con fuerza y detrás de la que hay muchos y poderosos intereses económicos. Así nos lo recuerda en una intervención:

Las manipulaciones ideológicas y políticas que se hacen a través de la opinión pública: las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo (…) Es más, en Europa, América, América Latina, África, en algunos países de Asia, hay verdaderas colonizaciones ideológicas. Y una de ellas - lo digo claramente con nombre y apellido- es el de ***gender****. Hoy a los niños - a los niños - en la escuela se enseña esto: que cada uno puede elegir el sexo .¿Por qué enseñan esto?. Porque los libros son los de las personas y de las instituciones que dan el dinero. Son las colonizaciones ideológicas, sostenidas también por países muy influyentes" (FRANCISCO, Discurso a los obispos, 27-7-2016).*

Hoy estamos viviendo situaciones muy complejas, además del fuerte secularismo y del laicismo excluyente que percibimos en nuestro ambiente, de manera especial en el ámbito educativo y universitario, nos encontramos con un fuerte **neoestatalismo** y esta tendencia política está marcada por la legítima ***separación entre la Iglesia y el Estado***, pero esta separación no exige, como pretenden algunos, que se lleve a cabo una ***separación entre la Iglesia y la Sociedad***.

Nos encontramos con un prejuicio laicista, todavía en auge, que no es capaz de descubrir el valor que tiene para la sociedad el papel público y objetivo de la religión, y prefieren relegarla a una esfera puramente sentimental y privada. Parece que nuestra sociedad está experimentando una especie de ***pornografía de la religión***. De las cuestiones religiosas es de mal gusto hablar, de mala educación, como si fuese algo improcedente.

Evidentemente toda esta situación crítica conlleva una serie de consecuencias que se están experimentando en el interior de las aulas: es curioso constatar que la docencia se está convirtiendo en una profesión de riesgo y, bastantes docentes adolecen de ciertas enfermedades que arrastran silenciosamente pero que generan en su vida personal y familiar bastante desajuste.

¿Dónde está la clave de tanto desajuste?.

La pérdida del sentido sobre la realidad y la verdad, que afecta al ser y sentido del ser humano, del cosmos y de la historia está causada por la pretensión de imponer a la comunidad educativa no sólo ideologías no justificadas científicamente, sino diferentes formas de entender la historia y cultura de un pueblo y de unas gentes. En realidad se está viviendo una hegelización de la realidad y de la historia, recordad: **si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad, lo que importa es la idea**. Este es un postulado de la filosofía hegeliana…lo estamos viviendo en nuestra sociedad desde hace muchos años…De ahí que el cristiano se convierta, como muy bien decía Juan Pablo II, en "signo de contradicción".

Les propongo una serie de ejemplos, si quieren, muy estúpidos, pero que tienen su trascendencia y, en algunos centros educativos, han apostado por aprovechar las circunstancias para dar una inmersión cultural y una evangelización:

Día de difuntos y de Santos……Hallowin o Samain: fiesta celta de los difuntos.

Navidades…..vacaciones de Invierno.

Semana Santa……..vacaciones de Primavera.

El papa Francisco afirma que cuando damos importancia y así enseñamos a los educandos a centrarse sólo en ***lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio*** (…) entonces lo real cede el lugar a la apariencia (EG 62).

Francisco nos pide que allí donde se gestan los *nuevos relatos y paradigmas,* hay que alcanzar con la Palabra de Jesús el ***alma de las ciudades*** (EG 74) y, por supuesto, el alma de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, que es un alma creyente, una vida abierta siempre a la trascendencia y cuando se cercena esa apertura, entonces surgen las soluciones bruscas, violentas, los enfrentamientos, los radicalismos, las huidas hacia ninguna parte…la muerte buscada de manera absurda.

Os animo a que en vuestra tarea no os olvidéis de esa experiencia educativa acumulada y experimentada por la Iglesia Católica a lo largo de más de dos siglos de existencia. Esa experiencia la sintetizaba el papa Francisco en tres palabras emblemática: ***la tradición del Evangelio, la autoridad y la libertad*** (Cf. FRANCISCO, Discurso a la COMECE).

- La ***tradición del Evangelio*** como cauce de encuentro y de liberación con aquel que es la Verdad, el Bien y la Vida.
- La ***auctoritas***: lo sabéis también como yo. Los que nos hemos dedicado a la docencia, o seguís en esa noble tarea, sois conscientes de que desde la década de 1968, a causa de unas complejas razones filosóficas, culturales y sociales, el concepto de autoridad ha entrado en crisis y parece que se contrapone al uso de la libertad que poseen nuestros alumnos, o mejor, nuestros educandos: obediencia, respeto, autoridad, disciplina, etc. son actitudes que han pasado al baúl de los recuerdos…Pero no nos engañemos; desde hace años, los docentes habéis lanzado un grito de alarma, una alarma social provocada por la deconstrucción provocada por la ruptura sistemática entre la justa relación entre el educando y el profesor. Curiosamente, el papa Benedicto XVI tienen un pensamiento que cuando es escuchado hoy por cada uno de nosotros nos produce un desconcierto positivo; afirmaba: *la denominada educación anti-autoritaria no es educación, sino renuncia a la educación* (BENEDICTO XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana,* 27 de mayo de 2010*).* Sin embargo, esa *auctoritas* debemos entenderla bien, porque sólo se puede hablar de verdadera y auténtica autoridad cuando el docente es, además de competente en su materia, un testigo de vida. Un testimonio de la verdad que posee unas connotaciones éticas. Una vida coherente.

Como verdaderos docentes cristianos queremos lograr una educación integral de la persona humana y, para llevar a cabo hoy este proyecto se necesita mucho arrojo, mucho coraje, de ahí que es necesario luchar acompañados.

1.- Para lograrlo os propongo que luchéis unidos, ***cread una asociación*** o ***constituid un grupo de docentes*** que se pueda ir abriendo en círculos concéntricos para que nuestro trabajo llegue a más y sea mejor defendido y valorado. Ya no basta con los sindicatos. ¡Lo siento!. Es necesario promover el asociacionismo entre los que quieren trabajar y vivir como docentes cristianos en medio de ese campo que por días se está convirtiendo en un coto cerrado de intereses políticos e ideológicos.

¡Solos podemos hacer muy poco!. Hace unos días el responsable de un partido político del arco parlamentario, a unas palabras del Secretario General de los Obispo acerca del Proyecto de Ley sobre la ideología de género, le decía: *Si los obispos no están de acuerdo con nuestros proyectos de ley que formen un partido político y que defiendan democráticamente sus ideas.*

2.- Ante lo que se acerca, debemos buscar a aquellos que están implicados en la tarea política, entre ellos muchas personas honestas, padres y madres de familia, que por encontrarse tantas veces aplastados con tantos proyectos, resoluciones, reuniones, etc. no les da tiempo a leer el contenido y la trascendencia de los proyectos de ley que llegan al Parlamento, tanto Autonómico como a las Cortes Generales; es ahí en donde debemos intervenir nosotros como ciudadanos y amigos, como implicados en la formación integral de los niños y de la juventud que son la esperanza del futuro, y ayudarles a nuestros representantes públicos a discernir racionalmente el contenido y la trascendencia de sus aprobaciones.

Ayudarles a discernir y establecer leyes justas sobre los conciertos educativos, sobre la ERE y su situación en la Europa de las naciones, y en estos momentos sobre el ***Proyecto de Ley contra la discriminación por orientación sexual, identidad o expresión de género y características sexuales, y de igualdad social de las personas LGBTI***, presentada el 12 de mayo de 2017 en las Cortes Generales y que se debatirá en estos próximos días.

El tema de nuestro encuentro lleva por título: ***Educar hoy y mañana. Una pasión compartida***.

Mis queridos amigos y amigas, educar es una pasión que todos los que estamos aquí compartimos y, también muchos más de los que no se encuentran hoy con nosotros. Somos muchos y si nos abrimos en esos círculos concéntricos, de los que he hablado hace un momento, cuyo centro radical es la persona de Nuestro Señor Jesucristo, seremos como luz en medio de las tinieblas, como levadura en la masa de una sociedad que está pidiendo a gritos un cambio.

Discurso na Inauguración da Exposición " *In tempore sueborum*"

Sala "Marcos Valcarcel" de Ourense, 15-12-2017.

Saúdo ó Sr. Presidente da Xunta de Galicia
Sr. Presidente do Parlamento de Galicia
Sr. Presidente da Deputación de Ourense
Sr. Alcalde de Ourense
Sres. e Sras. Deputados e Senadores do Reino de España
Sr. Conselleiro de Cultura e Ordenación Educativa
Sr. Subdelegado do Goberno de España en Ourense
Sr. Delegada Territorial da Xunta de Galicia
Sr. Subdelegado de Defensa en Ourense
Sres. Fiscal Xefe e Presidente da Audiencia de Ourense
Sr. Cónsul de Portugal
Señoras e señores:

Cando nos inicios do século V pobos xermánicos aséntanse nas terras dá *Gallaecia romana*, xa facía varios séculos que o proceso de romanización favorecera a progresiva entrada do feito cristián que, a pesar do silencio dás fontes históricas, foi estendendo, nun lento proceso, a súa semente relixiosa nestas terras aurienses nun ambiente que debatíase entre ritos e costumes autóctonas, e os novos usos dás elites romanas. Neste lento proceso de cristianización hai un momento clave que coincide co que quere destacar esta magna exposición, que hoxe inaugúrase. Efectivamente, o proxecto ***In tempore sueborum***, xurde con ocasión dá celebración do 1700 aniversario do nacemento de San Martiño de Tours (316/317-397).

Segundo as crónicas, no século VI arriban á nosa terra as reliquias do santo de Tours que curan milagrosamente ao fillo dun rei suevo (Carriarico, ou máis probablemente Teodomiro), por aquel tempo chega tamén un sacerdote chamado Martín, - neste caso será Martín de Dumio - tamén natural de Panonia - a actual Hungría - que procede de Palestina onde adquiriu unha profunda formación humanística e foi ordenado presbítero, tras estar en Roma e non reino franco. Non sabemos cal foi o motivo da súa presencia. Este Martín, tamén monxe e bispo, chamado de Braga ou de Dumio (510/5-579/80), foi o que durante o século VI promoveu a re-cristianización dás terras dá *Gallaecia*, chegóuselle a denominar *apostolus sueborum*. O Dumiense, para facer efectivo o traballo evanxelizador, participa e promove unha importante actividade conciliar que ao mesmo tempo era unha xuntanza relixiosa e tamén político-civil. Os chamados I e II concilio de Braga, non 561 e non 572, respectivamente, supuxeron a necesaria revitalización dá Igrexa sueva despois dá crise priscilianista. Poderíamos afirmar que o mesmo que foi para a antiga Hispania o III Concilio de Toledo, que comezou o 7 de

abril ***do ano 589***, no que quedou selada a unidade espiritual e territorial do Reino Visigodo de España, penso que o mesmo acadou no Reino suevo de Galicia, dezasete anos antes, grazas a mediación de Martín de Dumio no II Concilio de Braga presidido por el mesmo, como metropolitano de aquela diocese. Logrouse a unificación dos pobos e das súas xentes, de tódolos suevos nunha fe e nun so reino, e este feito tivo como punto de referencia a *civitas auriense*. Precisamente, a este II concilio bracarense asiste o primeiro bispo dá sede auriense - do que teñamos noticias documentais - cuxo nome coñecemos, Witimer ou Witimiro (cara o 570). En colaboración co reino suevo, e baixo a supervisión de Martín de Dumio, lévase a cabo unha importante reorganización eclesial e civil do territorio, coa división do reino en 13 diocese - algunhas delas novas-, á súa vez agrupadas en dous grandes distritos ou "provincias eclesiásticas": unha en Braga, e outra cuxo centro sería Lugo. Todo iso móstranos como, a través do extraordinario labor evanxelizador do Dumiense na etapa final do reino suevo, o cristianismo prendeu no vivir e no sentir do noso pobo, constituíndo así unha dás raíces fundamentais que o define. Sobre a base dá herdanza clásica e enriquecido polas achegas dos pobos e culturas que se sucederon co paso dos séculos, o cristianismo representou un elemento configurador central de Europa, de España, de Galicia e, singularmente, dás terras de Ourense.

Confiamos que esta exposición sobre o tempo dos suevos contribúa a realizar un exercicio de memoria e de verdade, que hoxe mais ca nunca precisamos, porque estamos ideoloxizados por *novos relatos* que están a reconstruír unha nova historia sen fundamento na realidade, senón manipulando e terxiversando os datos históricos mesmos.

Esta mostra, tanto aquí como na igrexa de Santa María Nai - que se asenta sobre outra construción da época sueva- permítenos recuperar un pasado que non é unicamente un silencioso testemuño histórico, senón sobre todo un rico patrimonio humano e espiritual que debe ser inspirador do noso presente e futuro como ourensáns, e como cidadáns da antiga *Gallaecia*, comprometidos na defensa e vivencia dos valores fundamentais dá convivencia social e relacionados coa promoción integral dás nosas xentes e dos nosos pobos, e como valedores dos seus dereitos inalienables.

Felicito a Xunta de Galicia, a Deputación Provincial de Ourense por ser mecenas desta efeméride e tamén a ABANCA, e os demais organismos que participan neste magno proxecto. Reitero a miña colaboración e a da Igrexa de Ourense, que presido na caridade, para que este proxecto de todos sirva para poñer en valor o noso patrimonio histórico.

Graciñas a todos.

Discurso al Consejo Presbiteral en su reunión ordinaria del 22 de diciembre de 2017

Casa Diocesana de Ejercicios "Santa María Nai".

La revalorización del Consejo Presbiteral tiene su origen en la profunda reflexión teológica llevada a cabo **en** y **después** del Vaticano II. Los presbíteros son los colaboradores del orden episcopal, ellos participan del mismo y único sacerdocio de Cristo (LG 28; PO 7). La teología del Vaticano II superó la visión del presbiterado en clave eminentemente individual y beneficial. Pero conviene que quede claro, no fue una especie de democratización de la Iglesia, como han dicho algunos, lo que provocó la constitución del Consejo Presbiteral.

- No se trata de crear un ámbito en donde sólo se escuche a los presbíteros
- Sino la necesidad teológica y jurídica que el obispo tiene de consultar y dialogar con aquellos que son **corresponsables del bien pastoral y espiritual de una porción del Pueblo de Dios que se llama Diócesis.**
- Un **grupo de sacerdotes que representan al Presbiterio**.
- Que tienen **voto consultivo** en las tareas más importantes del gobierno diocesano.

Pero, más allá de su formulación canónica, **está su fundamentación teológica**, que es la clave del Consejo mismo y de su funcionamiento.

- Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios
- Ordenados al bien de todo el Pueblo de Dios
- Todos los fieles tienen su propio cometido en la Iglesia
- Entre los fieles, están los presbíteros, que por la Unción del Espíritu Santo y la imposición de las manos
- Quedan **marcados con un carácter especial** que los constituye en "sacramento" de Cristo, Pastor y Cabeza de la Iglesia
- De este modo pueden actuar en el nombre y en la persona de Cristo
- Unidos al Obispo como "***cooperadores necesarios***"
- Hermanos y amigos, y unidos entre sí en fraternidad sacerdotal
- Forman con el Obispo **un Presbiterio**
- Dentro de una Iglesia local a cuyo servicio se consagran
- Los presbíteros, aunque en medio de los demás fieles, **son padres y maestros**
- **Son también hermanos**, y con ellos discípulos del Señor: el sacerdote ***debe ser un buen cristiano***.
- Los presbíteros, al igual que todos los demás fieles, reciben por el Bautismo la ***vocación a la santidad***.
- Junto con la llamada de Dios para la misión y el ministerio

- Reciben, también, por el sacramento del Orden, la vocación a la santidad de vida en ***un modo concreto de seguimiento al Señor***
- Los cauces que el presbítero tiene para conseguir esta meta de la santidad ***es el ejercicio de su ministerio***: **vocación**, **consagración** y **misión sacerdotal** fundamentan la espiritualidad sacerdotal

No conviene olvidar ***algo fundamental en nuestra vida,*** que debemos repetirlo muchas veces ya que en ocasiones da la sensación que no estamos convencidos de ello.

- Los sacerdotes **son llamados por Dios en una comunidad** eclesial concreta
- Hemos sido **elegidos, pero no separados** de los hermanos
- Nuestra vocación debe ser entendida como **un don a la Iglesia**
- **Este don debe ser revitalizado** a través de un diálogo de gracia entre Dios y el hombre
- Que continuará a lo largo de la vida, **ininterrumpidamente**
- Por otra parte, al recibir el ministerio como don de Dios a la comunidad, para servirla
- **Debemos servirla con gratuidad pues gratis lo hemos recibido** (Mt 10, 8)
- Y debemos luchar por **crecer en esta vocación**, día a día, con un profundo agradecimiento al Señor que nos ha llamado
- Si hemos sido llamados a una configuración con Cristo por el Bautismo, como ya hemos dicho
- Mediante el Sacramento del Orden que recibimos del Señor por el ministerio del Obispo estamos llamados a:
- **Anunciar** el Reino a todos los hombres
- **Santificar**
- **Presidir y cuidar al Pueblo** que se nos ha encomendado **mediante**
- El **ministerio de la Palabra**
- La **santificación y el culto**
- Y la ***comunión eclesial***

El sacerdote **tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo**, Cabeza y Pastor. Así participa, de manera específica y auténtica, de la "unción" y de la "misión" de Cristo (cf. Lc 4, 18-19). **Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia**. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la "representación sacramental" de Cristo es la que instaura y anima la relación del sacerdote con la Iglesia.

"El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, se sitúa no sólo

- **en** la Iglesia,

- sino también **al frente de** la Iglesia.

El sacerdocio, junto con la Palabra de Dios y los signos sacramentales, a cuyo servicio está, pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia.

El ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios.

La relación del sacerdocio con Jesucristo, y en Él con su Iglesia, -en virtud de la unción sacramental- se **sitúa en el ser y en el obrar del sacerdote**, o sea, en su misión o ministerio. En particular, "el sacerdote ministro **es servidor de Cristo, presente en la Iglesia**

- **misterio,**
- **comunión**
- **y misión**. Por el hecho de participar en la "unción" y en la "misión" de Cristo, puede prolongar en la Iglesia su oración, su palabra, su sacrificio, su acción salvífica. Y así es servidor de la Iglesia misterio, porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado.
- Es **servidor de la Iglesia comunión**, porque ***-unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio-*** construye **la unidad de la comunidad eclesial** en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es servidor de la Iglesia misión, porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio".
- El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el presbítero **esté unido con Cristo** mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral, y por tanto en la medida **que esté en comunión jerárquica con el propio Obispo**.
- El ministerio ordenado **tiene una radical "forma comunitaria" y puede ser ejercido sólo como "una tarea colectiva"**. Sobre este carácter de comunión del sacerdocio ha hablado largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos.
- El ministerio de los presbíteros **es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo, en su solicitud por la Iglesia universal y por cada una de las Iglesias particulares, al servicio de las cuales constituyen con el Obispo un único presbiterio.**
- Cada sacerdote **está unido a los demás miembros de este presbiterio, gracias al sacramento del Orden**, con vínculos particulares de **caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad**. En efecto, todos los presbíteros, sean diocesanos o religiosos, participan en el único sacerdocio de Cristo Cabeza y Pastor, "trabajan por la misma causa, esto es, para la edificación del cuerpo de Cristo, que exige funciones diversas y nuevas adaptaciones, principalmente en estos tiempos", y se enriquece a través de los siglos con

carismas siempre nuevos.

- Finalmente, **los presbíteros se encuentran en relación positiva y animadora con los laicos**, ya que su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial. Están al servicio de su fe, de su esperanza y de su caridad. Reconocen y defienden, como hermanos y amigos, su dignidad de hijos de Dios y les ayudan a ejercitar en plenitud su misión específica en el ámbito de la misión de la Iglesia.
- Como subraya el Concilio, "el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la **misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo**, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles".

Sínodo Diocesano:

- estructura y cauce de comunión
- testigos de comunión a través de la participación
- constructores de comunión.

CARTAS

Con motivo de la Visita Pastoral

"Pedid y se os dará…"

Al recorrer las diferentes parroquias del mundo rural de nuestra Diócesis tengo la oportunidad de conocer, personalmente, las necesidades e ilusiones de nuestras gentes. Últimamente, cada vez con más frecuencia, me he dado cuenta de que una preocupación creciente era la petición a Dios y a sus santos de la lluvia para que pudiera fecundar nuestros campos agostados por los muchos días de sol y de calor.

En estos días pasados en los que la liturgia de la Iglesia nos ha recordado la celebración de las *Témporas de acción de gracias y perdón,* me dirijo a los hijos e hijas de esta Iglesia ourensana para que obedezcamos las palabras del Señor: *Pedid y se os dará, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra, y al que llama se le abre (Mt 7,7-11*); hagámosle caso al Señor y pidámosle aquello que necesitamos y busquemos lo que anhelamos.

Pidamos al Señor, Dueño y Señor del Universo, que nos conceda la lluvia benigna que sane nuestras tierras en sequía, llene nuestros embalses y devuelva el verdor de la vida a los campos y montes que acostumbran a embellecer las tierras de Galicia.

A vosotros, hermanos sacerdotes, cuando las normas litúrgicas os lo permitan, celebrad la *Misa por diversas circunstancias,* las encontraréis en el Misal de 2016, sobre todo en la página 1049 y en la anterior edición en la página 956. Hacedlo con esa fe y confianza que nuestras buenas gentes tienen y aprovechad el momento para una sencilla catequesis sobre la importancia de la oración, en especial la oración de petición. Os puede servir para ello lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica en los números 2629-2633.

Aprovechando la ocasión y teniendo en cuenta que nos encontramos en el mes del Rosario, os suplico a todos los fieles, hijos de la Iglesia Católica, que por medio de esta oración tan querida para nuestro pueblo pidáis por España y por todas sus gentes para que el Señor nos conceda su gracia y así podamos construir una sociedad más fraterna y unida en donde podamos vivir en paz; y no nos olvidemos de suplicar al Buen Dios que conceda a todos nuestros gobernantes un espíritu abierto al bien común de todos los ciudadanos dentro del marco de las leyes que modelan y regulan nuestra vida como auténticos ciudadanos.

Carta a los Diocesanos con motivo del DOMUND

¡Sé valiente…!

Cada año, al acercarse la Jornada Mundial de las Misiones, lo que familiarmente llamamos DOMUND, el Papa nos ofrece un mensaje. En esta ocasión, con la frescura característica de los escritos del Santo Padre Francisco, nos llega el de este año 2017. En él nos mueve la inteligencia y nos sacude el corazón para que no perdamos de vista que esa gran familia de la que formamos parte, que es la Iglesia, es una familia constitutivamente misionera; si no fuera así sería una institución como otra cualquier preocupada de la beneficencia, del arte, de propaganda religiosa y de actos cultuales. Sin embargo la Iglesia es el rostro de Jesús resucitado que se transfigura a través de cada uno de los bautizados y ellos son los que hacen que Jesús se convierta de nuevo en contemporáneo nuestro.

De todos es sabido que cada año el DOMUND es una fuerte sacudida en el seno de nuestras comunidades eclesiales. Su campaña es una de las que se realiza con mayor naturalidad en nuestras parroquias. Niños y ancianos, sanos y enfermos, todos los miembros de nuestras parroquias y demás instituciones, cada una a su manera, quieren colaborar con las Misiones. Pero las Misiones no se reducen a la colecta, aunque esta sea importante por la cantidad de cosas que con esas aportaciones se pueden hacer; lo que sí resulta significativo es que toda la dinámica que se mueve en torno a las Misiones nos ayuda a cada uno de nosotros a creer en el Evangelio vivo, que es Jesucristo, a descubrir que nuestra fe no es un adorno, ni algo que se usa y tira, ni tampoco una simple conveniencia social: nuestra fe es Vida. Pero no una vida cualquiera sino aquella que consiste en esa lucha constante por identificarnos con la vida y la obra de Jesús.

En este año hemos querido darle una especial resonancia a esta jornada, de tal modo que en toda Galicia se llevarán a cabo una serie de actividades con las cuales se pretende acercar las Misiones a nuestros ciudadanos, también a aquellos que no frecuentan nuestros templos, ni quieren saber nada del catolicismo, o se "apearon" de la barca de la Iglesia porque han sufrido algún desencanto o se encontraron con algún testimonio poco edificante o escandaloso. Con todos estos actos queremos hacer partícipes a la sociedad civil de este gran proyecto que arranca del corazón de Cristo y, superando el espacio y el tiempo, a lo largo de estos dos milenios ha encontrado en el corazón de los cristianos una resonancia muy especial. Por otra parte, se quiere hacer patente, ante nuestros conciudadanos, algunos de ellos escépticos y dubitativos, cuáles son las entrañas del DOMUND. En una sociedad como la nuestra que busca, desea y exige "trasparencia" en todas las actividades que realiza la Iglesia Católica, con este proyecto del "***Domund al descubierto***" se pretende acercar esta realidad a los ciudadanos de a pie y presentarla con todo su realismo y verdad.

Hoy la Misión es una realidad que nos invita a salir de nuestras comodidades, a vencer nuestras inercias y nos empuja a llegar a esas "periferias existenciales" en las que se necesita la luz del Evangelio ¡se necesita a Jesucristo!. La Misión es un reto para la Iglesia misma, en realidad le recuerda a la Iglesia que ella no es un fin en sí misma, sino que debe descubrir constantemente que es un instrumento humilde y sencillo de la obra de la salvación de Dios sobre toda la humanidad. ¡Cuántas veces nos encontramos con cristianos apegados a sus santos, a sus romerías, a sus capillas y tradiciones! Han convertido el cristianismo en un sistema de posesiones. Incluso llegan a decir que el mismo sacerdote les pertenece. Una vida cristiana así planteada y vivida está llamada a desaparecer porque resulta estéril. Os imagináis que los misioneros - ellas y ellos - hubiesen pensado lo mismo. No tendría la valentía de salir; es más, no tendrían conciencia de que la auténtica vida cristiana es MISION. No podemos olvidar aquellas palabras de Jesús: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes (…) Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,18-20).* Esta invitación sigue siendo perennemente actual. Cuando pensamos y creemos que la Iglesia es todo aquello que cae bajo el dominio del campanario de nuestra parroquia, entonces estamos perdidos. Nuestro vivir de cristianos se ha convertido en el "ombligo" del mundo, y aunque hagamos la colecta del DOMUND, de la Santa Infancia, o del Seminario, seremos una comunidad autorreferencial - como afirma el papa Francisco- que terminará por encerrarnos en nosotros mismos y nos enquistará en nuestros "problemillas". Para estos cristianos la vida de los misioneros es puro romanticismo; mientras no se abran al *Evangelio vivo* no serán capaces de romper las fronteras de "su" parroquia y no se darán cuenta de que una iglesia cerrada en sí misma es una iglesia enferma, avocada a la extinción.

Como los cristianos de ayer y de siempre, al estilo de san Pablo y de tantos misioneros y misioneras, necesitamos hacer la experiencia viva de aquel gran corazón creyente que hizo que el cristianismo llegase al extremo del mundo: ¡*Ay de mi si no predico el Evangelio*! (1 Cor 9,16). Para vivir esta realidad es necesario ser valiente. El lema de este año es muy sugerente: ***Sé valiente. La misión te espera***. Tanto aquí como allá, tanto lejos como cerca, si vivimos un encuentro auténtico con el Evangelio vivo, que es el mismo Cristo, inmediatamente nos daremos cuenta de que nuestro mundo no tiene fronteras ¡y mucho menos hoy! y que espera a esos hombres y mujeres valientes que les muestren el rostro vivo de Jesús y, uno de esos misioneros puedes ser tú. Un misionero al estilo de san Francisco Javier, santa Teresa del Niño Jesús, o como nuestro san Francisco Blanco. Un misionero valiente que sabe descubrir que el mundo le espera.

Que Santa María Madre, estrella de la nueva evangelización, nos ayude a descubrir nuestra vocación misionera tanto aquí como allende nuestras fronteras.

Con afecto os saludo y me encomiendo a vuestras oraciones.

Carta a los Diocesanos con motivo del regreso de los sacerdotes diocesanos que desarrollaban su misión pastoral en Jipijapa- Ecuador

¡Gracias Jipijapa!
La misión diocesana en la Archidiócesis de Portoviejo (Ecuador)

Desde que he llegado a esta Diócesis, toda la rica realidad significada por ***Jipijapa***, un término cargado de una bella eufonía, similar a las hermosas tierras manabitas del Ecuador, en donde está situada esta parroquia, se convirtió para mí en algo habitual y cercano, como si tratase de una de nuestras zonas pastorales.

Hace veinticinco años, cuando nuestros seminarios tenían un mayor número de alumnos y la edad media del clero de esta querida Iglesia ourensana no era tan elevada, se inició una experiencia misionera que sigue presente, y seguirá viva, Dios quiera que por mucho tiempo, en nuestra Diócesis. En aquella ocasión, un grupo de sacerdotes "*fidei donum*" de nuestra Iglesia particular partieron para aquellas tierras y allí, no sólo construyeron dos grandes templos con sus complejos parroquiales, que llevan el nombre de Santa María Madre, sino sobre todo, y esto ha sido lo más importante, dos zonas de evangelización a través de las cuales miles de personas, la mayoría jóvenes, se han podido encontrar con Jesucristo. Al mismo tiempo, un sinfín de "*recintos*", una especie de pequeñas capillas, muy pobres y con muy pocos medios, extendidas por los lugares más inverosímiles, pero muy vivas apostólicamente, eran atendidas por este equipo sacerdotal.

En estos años han prestado un gran servicio pastoral y misionero un grupo de sacerdotes diocesanos: ***Manuel Rodicio, Camilo Salgado, Manuel Pérez, Digno González, Gumersindo Meiriño, José Luis F. Cadavid, Isaac Pereiro y José Manuel Méndez***. Además de estos "*padrecitos*", otros sacerdotes diocesanos y un buen grupo de laicos, coordinados desde la Delegación Episcopal de Misiones, colaboraron en el proyecto misionero de Jipijapa y ruego a Dios que sigan haciéndolo.

Desde mucho antes del 11 de febrero de 2012, fecha de mi toma de posesión de esta Sede, estuvieron prestando sus servicios a aquella iglesia de Manabí los sacerdotes Manolo Rodicio y José Manuel Méndez. Su labor no sólo se centró en Jipijapa, sobre todo en el caso del P. Rodicio, sino que fueron muchos los lugares que se beneficiaron del trabajo entregado de ambos, tanto en las parroquias, como en el Seminario y, de manera muy especial, con todo el clero de aquella archidiócesis con la que estamos hermanados.

En estos últimos años, Mons. Lorenzo Voltolini, Arzobispo de Portoviejo, y yo, hemos mantenido una relación estrecha acerca de la atención a la misión y la renovación de la presencia sacerdotal. El diálogo sincero y abierto con D. Lorenzo y con los sacerdotes presentes en Jipijapa y en Manta, el análisis de las posibilidades reales de nuestro clero (envejecimiento y reducido número de

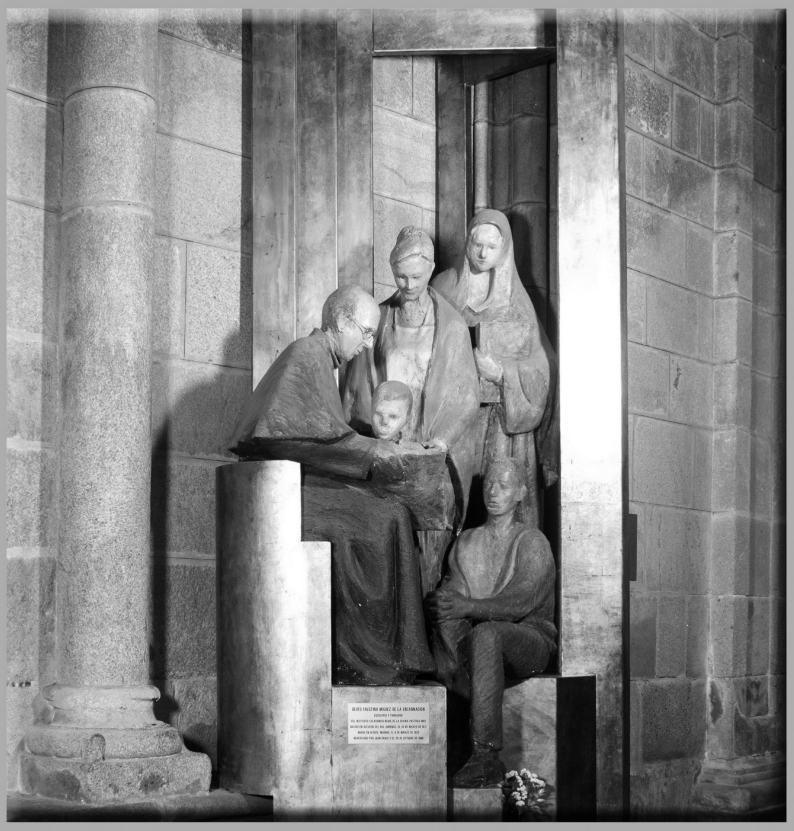
ordenaciones) y la reflexión sobre la "misión diocesana" tenida en Consejo Presbiteral, nos han llevado a replantear el modo de nuestra presencia misionera en Jipijapa. Con todos los misioneros ourensanos y las comunidades a las que sirven guardamos un vínculo que deseamos y queremos seguir manteniendo, pues es un compromiso ineludible con la misión *ad gentes.*

Damos gracias a Dios y a Santa María Nai por estos años de presencia, por el testimonio de los sacerdotes que allí fueron y por la generosidad de tantos hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos de nuestra Diócesis. ¡Y por tantos amigos cercanos a la Delegación de Misiones!. Ellos hicieron, y seguirán haciendo posible, esa aventura misionera que brota de las entrañas mismas de nuestra fe católica y tantos bienes espirituales nos ha aportado.

La misión sigue siendo una realidad viva en nuestra Iglesia ourensana. Un reclamo siempre abierto a nuevas presencias. La misión diocesana de Jipijapa no se cierra: sigue abierta, y seguirá siendo fecunda. Los frutos de la generosidad de nuestros sacerdotes y de tantos fieles de Ourense siguen presentes. Jipijapa sigue siendo una oportunidad que el buen Dios, a través de la iniciativa del recordado y querido D. Aurelio y de Mons. Diéguez Reboredo, hizo que se abriera en el corazón misionero de esta Iglesia particular. A partir de ahora, dejándonos llevar de la "imaginación" pastoral y de las iniciativas que surjan del Sínodo Diocesano, descubriremos otras formas de presencia misionera, tanto allende nuestras fronteras, como en medio de nuestros pueblos. La Archidiócesis de Portoviejo nos manifiesta *su profundo y fraterno agradecimiento*. Por su parte, la diócesis de Ourense reconoce sinceramente a la Iglesia que peregrina en aquellas tierras de Manabí, con la que se siente hermanada, la ocasión que nos dio y sigue dando para que podamos ser una Iglesia de discípulos misioneros.

Con todo mi agradecimiento y afecto.

Carta Pastoral con motivo de la Beatificación de Faustino Míguez



Un hombre fiel y disponible

Carta pastoral con motivo de la Canonización del
P. Faustino Míguez
de
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Un hombre fiel y disponible

Carta pastoral con motivo de la Canonización del
P. Faustino Míguez, dirigida
a los sacerdotes,
a los miembros de los Institutos de la Vida Consagrada,
a las Sociedades de Vida Apostólica, a los Institutos Seculares,
a los profesores, catequistas y demás agentes de pastoral,
a todos los fieles de la Iglesia en Ourense.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Ourense, 2017

Foto de portada: Retablo del P. Faustino Míguez en la S.I. Catedral de Ourense

SUMARIO

1. Los mejores hijos de nuestra Iglesia: los santos 637
2. Un tiempo necesitado de santos 637
3. La familia cristiana: cauce de la llamada a la vida y a la fe.....639
4. Bajo la mirada de María. 641
5. Vocación escolapia: seguimiento de Cristo Maestro. 642
6. Generosidad y fidelidad sacerdotal. 643
7. Ciencia y santidad.....645
8. Fundador y Padre: una apuesta por la mujer.....647
9. Testigo vivo para nuestro tiempo.....649
10. Fiel a Dios y a la Humanidad. 651
11. Un santo para la comunión. 653

1. Los mejores hijos de nuestra Iglesia: los santos

El pasado mes de abril recibimos con alegría y agradecimiento, la noticia de la canonización del Beato Padre Faustino Míguez. En estos momentos, al enterarme de que el Santo Padre Francisco lo canonizará el próximo 15 de octubre en Roma, quisiera dirigirme a todos los hijos e hijas de esta Iglesia particular para que juntos demos gracias a Dios porque otro hijo de estas tierras llega a la gloria de los altares.

Este gozo no es exclusivo de la familia de los Padres Escolapios y del Instituto Calasancio "Hijas de la Divina Pastora" que, desde hace muchos años, viven y trabajan entre nosotros. La canonización del P. Faustino es un regalo para toda la Iglesia y, en especial, también para esta Diócesis. Si con motivo de su Beatificación realizada por San Juan Pablo II, el 25 de octubre de 1998, se erigió un monumento conmemorativo en la Catedral de San Martiño de Ourense, ahora, al acercarse su canonización os ruego a todos que construyamos en nuestras vidas un monumento a este hombre de Dios porque el Señor ha hecho obras grandes en y a través de su vida. En él se han hecho realidad aquellas palabras de la Escritura: Se fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (Ap 2,10).

Con ocasión de esta efeméride, me he podido acercar más a la persona del P. Míguez y a sus obras. Hasta ahora mi aproximación se había realizado única y exclusivamente gracias a la fidelidad de sus hijas presentes en las comunidades que viven en nuestra Diócesis. He podido descubrir en este sacerdote una encarnación viva de aquello que afirma el papa Francisco: la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús[1]. El testimonio de vida de este paisano nuestro se convierte en un hecho providencial para esta Iglesia particular que, abierta al don del Espíritu Santo, ha iniciado el camino de un Sínodo Diocesano. Un camino para recorrer juntos y crecer en espíritu de comunión eclesial y de fidelidad a Jesucristo, en estas tierras en las que la Buena Nueva fue anunciada en los albores mismos de la predicación del Evangelio en Galicia.

2. Un tiempo necesitado de santos

A medida que voy recorriendo las distintas parroquias de la Diócesis con ocasión de la Visita pastoral, soy más consciente de que la vida cristiana, con el paso de los años y los procesos de secularización de la sociedad, se ha visto desdibujada y ha perdido su pujanza e influencia en la existencia de nuestros conciudadanos. En ocasiones, algunos fieles han llegado a sucumbir ante el materialismo y relativismo de nuestra sociedad llegando a provocar que en alguno de ellos, y sobre todo en muchas familias, que hayan caído en la indiferencia religiosa y en un cierto ag-

1 Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, nº 1 *(EG).*

nosticismo que me atrevería denominar "popular". A pesar de este "agnosticismo popular" no faltan tampoco ciertas formas religiosas externas y ritualistas vacías de contenido y sin ninguna implicación en la vida de las persona s y en el mundo que nos rodea. Se mantienen las formas pero el corazón está lejos del Señor y del Evangelio de la vida.

Cuando falta la fe, no son pocos los que se preguntan, incluso en el seno de la Iglesia: ¿A qué vienen estas celebraciones religiosas multitudinarias? ¿Qué sentido tienen tantas beatificaciones y canonizaciones? La Iglesia nos ha regalado a lo largo de los siglos numerosos ejemplos de virtud y santidad, mostrándonos que es posible encarnar en la vida cotidiana el Evangelio de Jesucristo y ser fieles a Dios en todo momento y circunstancias. Los santos fueron profetas en su tiempo porque su mirada a Dios les capacitó para un amor nuevo y les ha hecho más comprometidos con la historia y con los hermanos, especialmente los más necesitados.

Los cristianos debemos agradecer la estela de santidad que los mejores hijos e hijas de la Iglesia nos han dejado como huella del seguimiento de Jesucristo. De hecho, todos estamos llamados a ser santos[2] y esta santidad será siempre para nosotros como un *camino* y una *meta*, desde el origen de nuestra vida cristiana hasta la muerte. Al destacar algunas prioridades pastorales para el siglo XXI, San Juan Pablo II señalaba: *En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la santidad*[3].

Se hable más o menos de la santidad, esta llamada es irrenunciable para nosotros, cualquiera que sea nuestra vocación particular, como nos recordaba el papa emérito Benedicto XVI: *A veces se piensa que la santidad es un privilegio reservado a unos pocos elegidos. En realidad, ¡llegar a ser santo es la tarea de cada cristiano, es más, podríamos decir, de cada hombre!* (…) *Todos los seres humanos están llamados a la santidad que, en última instancia, consiste en vivir como hijos de Dios, en esa «semejanza» a Él, según la cual, han sido creados*[4]. La santidad es una exigencia que brota de nuestra vocación bautismal y es una urgente correspondencia al amor de Dios que, con lenguaje del papa Francisco, siempre nos *primerea*, pues *Dios nos mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros* (Rom 5,8).

La santidad, como acogida de este don de Dios en nosotros, esconde este gran dinamismo de entrega que contemplamos en Jesucristo; y que se concreta en nuestra disponibilidad al servicio de los hermanos y en un compromiso con el progreso y el desarrollo de este mundo que Dios ha creado por amor y ahora nos ha confiado. Lamentablemente, vivimos en una coyuntura histórica en la que no pocos ceden a la tentación y se alejan de Jesucristo. Ante esta realidad

2 Vaticano II, Constitución Lumen Gentium, nº 39 (LG)

3 San Juan Pablo II, Carta apostólica Novo Millennio Ineunte, nº 30 (NMI).

4 Benedicto XVI, Ángelus (1-11-07).

que nos interpela constantemente, los cristianos debemos salirles al encuentro, acercarnos más a ellos con humildad y ternura en nuestro corazón. En este contexto de abandono de la fe, e incluso de increencia, nos apremia la urgente necesidad de hombres y mujeres santos, testigos de ese Dios que es Amor y que en la resurrección de su Hijo, Jesucristo, nos ha hecho renacer a una esperanza viva. Nuestro mundo necesita esta esperanza que sólo Dios le puede comunicar. Como afirmaba san Juan Pablo II: *Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral*[5].

El mundo y sus habitantes necesitan a Dios y, por consiguiente, necesita santos. Y esa necesidad se convierte en una exigencia personal de santidad. Hoy nuestros conciudadanos nos necesitan santos, y para ello precisamos convertirnos en testigos elocuentes, no sólo con palabras, sino también con hechos[6]; sólo así seremos capaces de hacer creíble que otro mundo y otra humanidad son posibles si nos dejamos ganar el corazón por la misericordia de Dios. Jesucristo nos envía con la fuerza de su Espíritu para que continuemos su obra en medio de esta humanidad sedienta de Dios, siendo testigos de su Reino, presente ya en medio de nosotros, que espera ser visibilizado a través de nuestras obras de amor (cf. Gal 5,6).

Es necesario volver a esas figuras sorprendentes, como la del P. Míguez, que nos ayudan a revitalizar nuestra fe y a comprometernos en una apertura viva y madura al Evangelio. Pero esas figuras han sido personas como nosotros, con una historia personal y unas circunstancias muy similares a las nuestras.

3. La familia cristiana: cauce de la llamada a la vida y a la fe

Sólo desde la perspectiva de la existencia de una familia cristiana se entiende la persona, la vida y el ministerio del P. Faustino Míguez. Galicia, en especial Ourense, ha sido una tierra fecunda en vocaciones al ministerio sacerdotal a la vida religiosa, misionera y monástica. La familia cristiana en el pueblo gallego, en especial la del mundo rural y de las villas, ha sido un cauce fecundo de vida y de vocaciones. La biografía de este santo sacerdote sólo la podemos comprender, adecuadamente, si la enmarcamos en el ambiente de una familia cristiana. El Padre Míguez recibió el Bautismo a los pocos días de nacer. Se le impuso el nombre de Manuel, que de acuerdo con la costumbre del momento, cambiaría por el de Faustino el día de su profesión religiosa. El nuevo nombre le acompañará el resto de su vida ¡hasta la gloria de los altares!

Nació el 24 de marzo de 1831 en el lugar de Xamirás, perteneciente a la pa-

5 NMI nº 30.

6 https://www.aciprensa.com/noticias/san-lorenzo-martir-ensena-que-hoy-urge-la-palabra-valiente-y-el-testimonio-de-fe/

rroquia de Acevedo do Río, muy cerca de la hermosa villa de Celanova, hecha inmortal por San Rosendo y sus monjes. Toda aquella zona ha sido tierra de santos. Fue el benjamín de cuatro hermanos, hijos de Benito Míguez y María González, un matrimonio humilde, trabajador, honrado y de grandes convicciones cristianas. Allí aprendió a vivir, con el paso de las horas y de los días, al ritmo del querer de Dios. En el seno de aquel hogar se inició en la escuela de las virtudes domésticas, rosario de virtudes humanas, que fueron construyendo paulatinamente un buen cristiano y un mejor ciudadano.

Aprenderá a descubrir que el verdadero humanismo cristiano hunde sus raíces en el seno de la familia en donde se encuentra la verdadera "iglesia doméstica" que dejará una impronta indeleble en su existencia[7]. Será deudor de este ambiente familiar en el que aprendió sin imposiciones, sino a través del testimonio convencido de sus padres, que el cristianismo encierra en sí una fuerza transformadora que construye y dinamiza todo aquello que le rodea[8].

Con el paso de los años, apenas llegada la adolescencia, en el corazón de Manuel comienza a surgir el "gusto por las cosas de Dios", y no sólo él, sino que también su hermano Antonio, el mayor de los varones, sintió las llamada del Señor. Tanto el ambiente familiar como el de la parroquia, así como el ejemplo de su hermano mayor suscitaron en el corazón de aquel niño unos fuertes deseos de entregarse al Buen Dios. Los padres habían descubierto en Manuel un ingenio inquieto, una capacidad para observar el dinamismo de la naturaleza, una piedad sincera y, sobre todo, una inteligencia despierta que les hizo comprender que su camino era el estudio y no las tareas del campo.

Qué importante es que los padres estén atentos al bien integral de sus hijos, y sean capaces de discernir, acoger y acompañar su vocación[9]. Manuel no siempre lo tuvo fácil, también encontró sus resistencias en el ámbito familiar. Era normal que sus padres acogieran su vocación con cautela, sobre todo teniendo en cuenta que ya tenían un hijo formándose para sacerdote. No es que se opusieran a su vocación, como tantas veces ocurre en nuestros días. En una economía sencilla y humilde no era fácil mantener dos hijos estudiando fuera de casa. A

7 Cf. LG, nº 11; Francisco, Carta encíclica Amoris laetitiae, nº 15 (AL).

8 Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad (2001), n.96. La riqueza de la caridad conyugal que viven los esposos se derrama en todos los miembros de la familia y hace de ella una «pequeña Iglesia» o Iglesia doméstica. Se quiere indicar en qué modo la comunión familiar refleja y vive de un modo concreto la íntima unión con Dios y la unidad entre los hombres, propios de la Iglesia como tal. En esta comunión, la civilización del amor encuentra un cauce de realización determinado, abriendo a las personas al verdadero culto a Dios, a la caridad entre los hombres y a la evangelización. De este modo, la transmisión de la fe encuentra en la familia un entramado de comunicación, afecto y exigencia que permite hacerla vida.

9 Cf. AL, nº 18.

pesar de las dificultades, él siempre se mantendrá fiel y cariñoso con sus padres y hermanos, como lo demuestra su correspondencia posterior, en la que se expresa con sobria ternura, y a veces con la fina ironía propia de nuestras tierras. La relación con Dios es una gracia, un don, en donde él siempre toma la iniciativa, pero en la que cuenta con nuestra responsabilidad personal y con una infinidad de mediaciones para hacernos sentir su voluntad y animar nuestra respuesta libre y generosa. Los padres cristianos tienen una misión importantísima en esta *cultura vocacional* que os animo a recuperar en nuestra diócesis de Ourense. El problema fundamental en nuestros días no es la falta de vocaciones, sino la falta de reconocimiento de la vocación dada por Dios a cada uno. Si el hombre no está dispuesto a aceptar esta vocación fundamental, no puede encontrarse tampoco en camino de profundizar su relación con Dios y su realización personal nunca será plena.

4. Bajo la mirada de María

La devoción mariana había prendido en el corazón del joven Manuel Míguez desde la misma cuna; en su hogar, como en todos los de las tierras de Celanova y Ourense – tierra mariana por excelencia – el cariño a la Madre de Dios se aprendía desde niños. Ya desde muy pequeño seguro que acompañaría a sus padres en las romerías anuales a los santuarios comarcales del Cristal y de la Guía. Bajo la perspectiva de una formación mariana comenzará, a los dieciséis años, su andadura vocacional, realizando los estudios de Latín y Humanidades en la preceptoría del Santuario de los Milagros. Aquella institución formativa, existente desde finales del siglo XVIII y regentada entonces por el sacerdote administrador del Santuario nombrado por el Obispo de Ourense, era una especie de Seminario Menor donde muchos jóvenes discernían su vocación sacerdotal.

Desde el primer momento, aquel joven no dudó de su vocación sacerdotal pero también sentía, en lo más íntimo del alma, una fuerte atracción por el ejercicio de la docencia. Ser "cura" tal como se entendía en aquel momento le atraía, pero le fascinaba todavía más ser un sacerdote dedicado a la docencia, sobre todo de los niños necesitados y más abandonados. Con el tiempo prendió en su alma la vocación y el carisma de San José de Calasanz, aquel español nacido en 1557 en Peralta de la Sal, tierras aragonesas, que se convirtió en *patrono de todas las escuelas populares cristianas*[10]. En él encontró nuestro santo su estilo de camino vocacional. Quiso ser apóstol a través de la educación de todos los ciudadanos sin excluir a los más humildes. Vistió su hábito escolapio a los diecinueve años de edad y tomó el nombre de ***Faustino de la Encarnación***, quizá recordando el día de su Bautismo,

10 Pío XII, Breve Providentissimus Deus (1948).

o la hermosa ermita de la Encarnación dedicada a la Virgen María en las inmediaciones de su Celanova natal, o bien, el deseo de hacerse palabra de vida para los más humildes y necesitados a imagen de Jesucristo.

Renunciando a sus propias ambiciones fue religioso y sacerdote escolapio en el seguimiento de Jesús Maestro a quien había consagrado su vida en la enseñanza de la infancia y la juventud al estilo calasancio[11]. Buscando la formación integral de la persona, se entregó a ello desde las distintas encomiendas que Dios le proporcionó por medio de la obediencia, primero como misionero en la fundación de Cuba, posteriormente como profesor, director de internos, confesor, director espiritual; más tarde, como constructor de escuelas, investigador y fundador[12].

La llamada de Dios dio sentido a su vida, de ahí que Faustino viva siempre como amigo y discípulo en la escuela del Divino Maestro. Seguir al discípulo de tan gran Maestro supone dejarse atraer por Él, y ésta fue la constante de su vida, un hombre de Dios dispuesto a dejar sentir su presencia y su amor, respondiendo como María con un "Sí" total e incondicional.

En todas las etapas de su vida cuidó mucho la oración; para el P. Faustino el trato con Dios era algo vital, relación que se entendía desde la clave de la amistad, porque, según él *sólo Dios es buen amigo que ama en todo tiempo*[13]. Este fue el gran secreto de su fidelidad a la vocación, pues oración y vocación van siempre unidas, no se pueden separar la una de la otra. Como recordaba san Juan Pablo II, *para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración*[14].

5. Vocación escolapia: seguimiento de Cristo Maestro.

En la mente y en el corazón de Faustino permanecerían siempre grabadas aquellas palabras de las constituciones de José de Calasanz: *Si desde la más tierna infancia el niño es imbuido en la Piedad y las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de su vida entera*[15].

Algo rondaba en el corazón del joven Faustino. Sentía con dolor, en lo más profundo de su ser, que la formación intelectual quedase reservada para aquellos que tenían posibilidades económicas, y se lamentaba de que sólo fuese una tarea reservada de la que quedaban excluidas las mujeres. Le apasionaba la formación y toda

11 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (homilía), 25.10.1998.
12 Cf. P. Aguado, Sch. P., Carta a la Orden (Prot.S.299.2016), 25.12.2016.
13 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.
14 NMI nº 32.
15 Constituciones, nº 2.

tarea educativa. Él había experimentado esta realidad en su propia historia personal. Sabía muy bien que el peor enemigo para la fe cristiana era la ignorancia, la falta de formación adecuada no solo en los diferentes aspectos del saber humano, sino también en el conocimiento de las verdades de la fe, de ahí que desde el primer momento siente en su interior una fuerte llamada a la catequesis y a la enseñanza. Enseñar se convirtió para él en un estilo nuevo de vivir su vocación cristiana y en el ejercicio de una obra de misericordia.

El sistema educativo del momento le resultaba agresivo y violento. Se insistía mucho en la exigencia, que casi siempre iba acompañada por la amenaza del castigo. Él, como educador, al igual que el Divino Maestro, ni quiere amenazar a sus alumnos, ni embaucarlos; descubre que su tarea docente debe convertirse en una forma de entrega abnegada a la formación de niños y jóvenes en *piedad y letras.* Estaba convencido de que llevando a sus discípulos a la inteligencia de la verdad y a la fuerza del amor de Dios estaba construyendo unos buenos cristianos y óptimos ciudadanos. En los niños y en los jóvenes se encuentra con Dios y sirve a Dios, porque sabe que educándoles les está ofreciendo una verdad y un amor que es luz para sus vidas, porque el elemento del cual vive el ser humano en su más íntima esencia es aquella verdad que está unida al amor.

Sin verdad, la libertad, la justicia y el amor no encuentran espacio para crecer. Pero sin fe y piedad el hombre pierde su referente fundamental, la que le da el ser y le marca el destino de una vida feliz y dichosa. Una educación que prescinde de Dios, o no se abre a ningún tipo de trascendencia, construye personas en donde falta el auténtico criterio de valor para sostener su vida y sus decisiones futuras.

Las ciudades de San Fernando y de Getafe fueron centros privilegiados de su ministerio educador como padre y maestro de aquellos niños que le eran confiados, también lo fue la corta etapa que estuvo en Celanova. Sin embargo, fue especialmente en Getafe en donde asumió también la perspectiva *paterno-materna* del educador al ser nombrado por sus superiores, a pesar de su juventud, como director del internado del colegio. Para los que le trataron estaba claro que en el joven Faustino destacaba una gran capacidad de observación y profundización en aquellas materias que estudiaba, era observador nato de su entorno, especialmente le apasionaba la naturaleza y, todo este talante personal le convirtió, posteriormente, en un experto investigador y en un magnífico educador.

6. Generosidad y fidelidad sacerdotal.

El P. Míguez se sintió siempre *sacerdote y escolapio*, como él mismo decía, y respondió confiado a la voluntad de Dios, aun en medio de tribulaciones y dificultades. Recibió su ordenación sacerdotal como un regalo inmenso que Jesucristo le con-

fiaba para el bien de sus hermanos; desde el primer momento quiso ser: *Hombre del pueblo y para el pueblo*. Como sacerdote, buscó sin descanso la santidad de las almas[16]. Su sacerdocio, como configuración con Cristo Pastor, fue el motor de una donación total de sí mismo en el amor y por amor a quien más lo necesitaba: los faltos de formación, las niñas y los enfermos. En todo buscó *la gloria de Dios* y *la aspiración de ser útil al pueblo*[17]. Esta generosidad le nacía de sentirse bendecido por Dios y consciente de que los dones recibidos eran para ser compartidos con los hermanos más necesitados, permaneciendo así en la caridad de Dios (cf. 1 Jn 3,17).

Su sacerdocio fue gracia para los demás. Todas las facetas de su vida le ayudaron a hacer visible la caridad de Cristo especialmente a través de la enseñanza y la curación; podemos decir que en su ministerio se hizo realidad aquello de que *no busco lo vuestro, sino a vosotros*[18]. En su vida se cumplió aquel deseo de san Pablo: *Con sumo gusto gastaré y me desgastaré yo mismo por vosotros* (2 Cor 12, 14-15). Hoy podemos agradecer, con toda la Iglesia, que el P. Faustino haya alcanzado su meta mediante una unidad de vida sacerdotal ejemplar. Logró aquella síntesis de oración y ministerio, de contemplación y acción, que más tarde el Concilio Vaticano II ha ofrecido a los sacerdotes del mundo entero como regla de vida[19].

La vocación, ciertamente, no es una cuestión privada sino que su lugar es toda la realidad de la Iglesia. Cuando somos capaces de acoger a Jesucristo y sentimos su llamada dentro de la comunión de la Iglesia, percibimos con urgencia apremiante la necesidad de salir al paso de quien nos necesita. Vivir así el sacerdocio, como lo hizo Faustino Míguez, muestra la belleza del ministerio acogido y donado a los demás desde la profundidad humana y la experiencia de fe que hizo de él un santo, aquel que muestra a los hombres el verdadero rostro de Dios.

Hoy más que nunca, necesitamos testigos del Dios vivo en medio de nuestro mundo. Es más, en una sociedad en donde la increencia, o lo que es peor, la indiferencia religiosa acompañada por un fuerte neopaganismo, hace más que necesario el anuncio de la existencia de Dios. Qué bien lo había percibido Benedicto XVI en su profunda y emblemática homilía en la plaza del Obradoiro, durante su visita a Santiago de Compostela, en la que afirmaba: *Como mensajero del Evangelio que Pedro y Santiago rubricaron con su sangre, deseo volver la mirada a la Europa que peregrinó a Compostela. ¿Cuáles son sus grandes necesidades, temores y esperanzas?¿Cuál es la aportación específica y fundamental de la Iglesia a esa Europa, que ha recorrido en el último medio siglo un camino hacia nuevas configuraciones y proyectos? Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que*

16 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

17 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.

18 Ibíd.

19 Cf. Concilio Vaticano II, Decreto Presbyterorum ordinis, n.14.

es Él quien nos ha dado la vida. Sólo Él es el absoluto, amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables pero insuficientes para el corazón del hombre. Bien comprendió esto Santa Teresa de Jesús cuando escribió: «Sólo Dios Basta»[20].

Aquel joven sacerdote sabía que él tenía que ser en medio del mundo, a través de la obediencia en su ministerio y del ejercicio de sus trabajos, tanto pastorales como académicos y de investigación, un eco manifiesto de que el Dios de Jesucristo es un Dios vivo y existente, un ser presente en medio de la historia de los hombres y mujeres de cada momento del decurso de la historia. Cualquier otro mensaje que pudiéramos pronunciar con nuestros labios o testificar con nuestras acciones será totalmente secundario, o quizás accidental. ¡Sólo Dios! es la clave de actuación de aquel que quiso ser siempre sacerdote-escolapio.

7. Ciencia y santidad

Faustino Míguez dedicó gran parte de su vida al estudio, entendido éste en su sentido más amplio. No sólo se ocupó de las disciplinas filosófico-teológicas, sino también de la complejidad y eficacia oculta de las plantas, de la riqueza de las aguas y de los minerales; llegó a ser un profundo conocedor de sus propiedades, mereciéndole una gran fama como experto científico. Como ya he dicho, ya desde su infancia era un buen observador de la naturaleza. Había sido dotado por Dios de una mente analítica y de un corazón generoso sintiéndose cercano a los más pobres y desvalidos. Su capacidad especulativa le llevó a elaborar, a través de sus investigaciones, no sólo un pensamiento riguroso, sino una serie de medicinas y remedios naturales para una serie de enfermedades. El dolor del ser humano le llevaba no sólo a la simple compasión sino a una cierta empatía que le impulsaba a buscar los remedios oportunos para mitigar tantos sufrimientos. Podemos afirmar que la pasión con la que vivía su amor para con los necesitados le ayudó a fomentar su inclinación al estudio y a la ciencia desarrollando sus cualidades científicas que darían origen a la composición de algunas *medicinas* y, posteriormente, a la creación del *Laboratorio Míguez*[21]. De todos es sabido que la finalidad de todo esto sólo buscaba el bien de los necesitados y la Gloria de Dios. Al establecerse definitivamente en Getafe pudo dedicar más tiempo a esta labor importante de su vida, hecho que llegó a extender su fama de científico, llegando a ser consultado no sólo por algunos especialistas, sino también por instituciones públicas; estos acontecimientos le acarrearían persecuciones, difamaciones y

20 Benedicto XVI, Fragmento de la homilía pronunciada durante la celebración de la Eucaristía en la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela, el día 6 de noviembre de 2010. Año Santo Compostelano.

21 P. Aguado, Sch. P., Carta a la Orden (Prot.S.299.2016), 25.12.2016.

denuncias de la clase médica y política, llegándose a hacer eco de ello incluso los medios de comunicación. Al P. Faustino nada le detuvo en su propósito evangelizador y mantuvo con firmeza sus estudios e investigaciones con el fin de paliar la enfermedad y lograr liberar a todos aquellos que sufrían en el cuerpo, tal como afirmó san Juan Pablo II en la homilía de su beatificación[22]. Recordamos a este propósito algunas palabras suyas: *Si a ejemplo de mi Divino Maestro debo mirar en primer término por la salud del alma, también estoy en la obligación de atender, seg*ún mis fuerzas, a la del cuerpo[23].

El P. Míguez fue un hombre de fe y de ciencia, e integrando ambas logró una madurez en la fidelidad a su vocación religiosa como escolapio. Nos cuentan sus biógrafos, por boca de algunos testigos, que no se conformaba con aplicar sus conocimientos y medicinas pertinentes sino que se apoyaba en la fe y en la oración para logar las curaciones de las enfermedades; es más, era consciente de que *la fe agudiza la mirada interior abriendo la mente para que descubra, en el sucederse de los acontecimientos, la presencia operante de la Providencia*[24]. Y así, cada enfermo que se le acercaba era una ocasión para crecer en el espíritu de servicio y oración en nombre de Jesús. En ellos pudo curar y adorar las llagas del Médico Divino que se hizo enfermo para solicitar nuestro amor y cuidado samaritano. Para todos aquellos que encuentran dificultades entre la fe y la ciencia, entre la vida cristiana y el ejercicio de las diferentes tareas biosanitarias, este sacerdote santo es un testigo vivo de que se puede dar una perfecta adecuación entre la lucha contra cualquier tipo de enfermedad o dolencia y una profunda vida de fe, porque estaba convencido de que Dios y el hombre, cada uno en su respectivo ámbito de realidad, se encuentran en una profunda relación. En Dios está el origen de cada cosa, en Él se encuentra la plenitud del misterio que nos envuelve por todas partes, y aquí está la gloria de Dios; al hombre le corresponde la tarea de investigar con los recursos y la fuerza de su razón la verdad que se encierra en lo que le rodea. Cuando no somos capaces de abrirnos al misterio y sentirnos interpelados por él caemos en la necedad que, de suyo, se convierte en una amenaza para la misma vida, porque el necio, aquel que dice *no hay Dios* (Sal 14,1) se engaña al pensar que conoce muchas cosas, pero en realidad no es capaz de fijar la mirada de su inteligencia sobre las realidades esenciales que le rodean; esta actitud le impide poner orden en su corazón y en toda su existencia, e incluso su actitud para con el ambiente que le rodea puede experimentar alguna quiebra irreparable.

Desde esta perspectiva de hombre de fe y de ciencia luchó cristianamente, sin claudicar contra los prejuicios de su entorno, con la finalidad de vencer todo tipo de sufrimiento que pudiera afectar la vida de sus hermanos, sobre todo de los más

22 Cf. San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

23 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.

24 San Juan Pablo II, Carta encíclica Fides et ratio, nº 16.

sencillos y necesitados, sirviéndose de sus conocimientos y de su fe.

Fueron muchos los que acudieron a él en busca de curación y se encontraron con un sacerdote que curaba cuerpos y almas. Qué razón tenían aquellos que, intentando burlarse del santo, pretendiendo ridiculizarle, afirmaban: aquí hay *un cura que cura*. Parece un juego de palabras y, sin embargo, fueron tantas, y tan sonadas, las curaciones atribuidas a sus *medicinas* que su fama se extendió por España y América. El P. Faustino no hubiera podido realizar este ministerio de no haber sido un hombre lleno de esperanza en el Dios de la Vida, fuente extraordinaria de su proyecto de santidad personal y de su prodigiosa sabiduría que le capacitaron, no para encumbrarse en el podio de la fama y de la vanagloria, sino para ir siempre más allá en la búsqueda de la verdad y de la caridad perfecta.

8. Fundador y Padre: una apuesta por la mujer

Faustino Míguez dedicó gran parte de sus desvelos al cuidado de otra obra que Dios puso en sus manos, la fundación del *Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora*. Acogió esta llamada como otro "don generoso" que Dios le había concedido, por medio del cual brotaba en el árbol fecundo de la Iglesia, y a través de él, un instituto cuyo fin era ayudar a la mujer a vivir su vocación en el mundo. En una época muy compleja en donde el horizonte de la mujer se reducía, única y exclusivamente, a ser esposa y madre, el P. Faustino propone un nuevo modo de vida y de servicio eclesial destinado a la promoción de la mujer, comenzando por la educación de las niñas en la *piedad y las letras*, para guiarlas desde su infancia por el camino de la promoción humana y cristiana[25]. Fue consciente de que en la trasmisión de los valores humanos y de las auténticas costumbres cristianas la familia es la piedra fundamental de todo este proceso formativo, y en ella es la mujer la que juega un papel imprescindible.

El P. Míguez se anticipó a aquella intuición de san Juan XXIII cuando afirmaba que *la mujer ha adquirido una conciencia cada día más clara de su propia dignidad humana. Por ello no tolera que se la trate como cosa inanimada o mero instrumento; exige, por el contrario, que, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública, se le reconozcan sus derechos y obligaciones propios de la persona humana*[26].

Constató la situación de ignorancia y marginación en la que vivía la mujer, **e** intuyó la necesidad urgente de preocuparse por su formación ya que ella, y sólo ella, es la célula primordial de la familia y de la sociedad. Estuvo firmemente persuadido de que a través de su formación integral se podría transformar y regenerar el

25 Cf. San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.
26 San Juan XXIII, Carta encíclica Pacem in terris (1963), nº 41.

hogar y la sociedad humana, pues la consideraba *alma de la familia y la parte* más interesante de la sociedad. De ahí que la mujer y la familia ocuparán un puesto fundamental en el carisma del nuevo Instituto Calasancio fundado por él. Inició esta obra a los cincuenta y tres años de edad, no exento de dificultades, como suelen ser las obras de Dios que siempre están marcadas con el sello de la cruz. No en vano había experimentado y asumido, ya anteriormente, el significado y la vivencia del sufrimiento con una profunda humildad, sin dejarse desanimar por contradicción alguna, ni extraviarse en su vida personal por causa de la fecundidad de su ministerio o por los aplausos de los hombres ante los éxitos científicos.

Como Fundador del nuevo Instituto religioso, el padre Faustino trasmitió a sus hijas el fuego de un amor apostólico por la mujer y la educación de los niños y niñas más abandonados, de tal modo que sólo así procurarían la gloria de Dios y la salvación de las almas. Les invitó a que estuviesen siempre *en salida* -como dice el Papa Francisco- para *acudir al socorro de quienes se hallan en peligro*. Así les hacía comprender su misión y su entrega de total abnegación de sí mismas para hacer fecunda la tarea evangelizadora. Con las que él llamaba sus hijas, ejerció como un verdadero padre y óptimo director de almas; les ayudó a descubrir el ideal de la consagración, a tomar conciencia de su llamada a la santidad, al crecimiento en la fe, y a una generosa entrega apostólica.

Estaba convencido de que el nuevo Instituto religioso era deseo del Señor y no sólo eso, sino que pasados los años, llegó a afirmar con la fuerza de los santos: *Vengo pidiendo al Señor, que si este Instituto no ha de ser siempre para honra y gloria de Dios, lo disipe como humo en el aire, sin dejar siquiera rastro ni memoria*[27]. Somos conscientes de que a las religiosas Calasancias les ha legado un carisma, don del Espíritu, que ellas han de continuar y encarnar, con gran fidelidad, en este momento concreto de la historia de la Iglesia y del mundo. Para ello les traza un ideal exigente y abnegado de esfuerzo y sacrificio, de discipulado de Jesucristo en bien de la infancia y de la mujer. Un cometido que si en su época era altamente revolucionario, hoy, con el paso de los años, sigue siendo una tarea de perenne actualidad.

Tal como señalaba san Juan Pablo II, estoy convencido de que todo lo referente a la vida consagrada *es algo que nos afecta. En realidad la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo*[28]. Si atendemos a la constitución divina y jerárquica de la Iglesia, la vida consagrada no es un estilo de vida *intermedio entre el de los clérigos y el de los laicos, sino que de uno y otro algunos cristianos son llamados por*

27 P. Faustino Míguez, Cartas nº 230, 643 y 705.

28 San Juan Pablo II, Exhortación apostólica Vita Consecrata, n.3.

Dios para poseer un don particular en la vida de la Iglesia y para que contribuyan a la misión salvífica de ésta, cada uno según su modo[29].

Gracias a las "vistas pastorales" que estoy realizando en las diferentes zonas pastorales de la Diócesis, soy cada día más conocedor de la riqueza que para nuestra Iglesia particular constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Aprovechando la próxima canonización del P. Faustino Míguez, doy gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares, por los que se entregan a Dios con una especial consagración. ¡Contamos con vosotros! Sin vuestra presencia el ser de esta Iglesia estaría como mutilado, imperfecto[30].

9. Testigo vivo para nuestro tiempo

La inminente canonización del P. Faustino Míguez no es un simple acontecimiento que debe ser considerado como el punto final de un proceso. Esa visión sería eminentemente reduccionista y ese pensamiento estaría cargado de un gran simplismo. Su canonización es una ocasión propicia para reactualizar y hacer existencialmente vivo su modelo humano de religioso, sacerdote, científico y fundador. Este acontecimiento nos muestra de forma evidente, una vez más, el don que Dios hace a la Iglesia y al mundo en su persona. Toda canonización es una ocasión propicia para celebrar la santidad de Dios, y en este caso, la acción del Espíritu Santo en un hombre de nuestro pueblo. En su vida se ha manifestado también la santidad de la Iglesia, porque como miembro de esta comunidad santa él respondió con fidelidad, desde el primer momento, a la gracia bautismal, al don de su vocación sacerdotal-religiosa y al carisma recibido para bien de la Iglesia y del mundo.

La santidad del P. Faustino evidencia, una vez más, la inmensa generosidad de Dios, que nos regala el *ciento por uno* y, estamos seguros que, si somos fieles como él, *heredaremos la vida eterna*; más todavía, si somos capaces de dejarlo todo por Él (cf. Mc 10,30), comprenderemos que Dios no se deja ganar nunca en generosidad, la sobreabundancia de su amor excede sin comparación nuestra ofrenda personal. Su amor misericordioso nos *primerea* siempre.

El P. Míguez permanecerá desde ahora y para siempre como un testigo vivo de la llamada a la santidad. Un joven que por Dios lo arriesgó todo y se puso en camino dispuesto a llegar al corazón de todos: niños y jóvenes, mayores y enfermos, sin importarle el sacrificio que esto le comportase, sin miedo al qué dirán,

29 LG, nº 43.

30 L. Lemos Montanet, Carta pastoral Ourense en misión (2015), p.50.

consciente de la necesidad de servir a toda persona, de poder ser útil a los más necesitados. En ellos encontró el camino para llegar a Dios, el camino para una Iglesia samaritana, misericordiosa y, en definitiva, una Comunidad santa.

Jesucristo fue la fuente y el modelo de su caridad y en él se hizo libertad, ciencia, estudio y discernimiento. En la escuela y en la calle, en el confesionario y en el laboratorio, el P. Míguez fue transparencia de Cristo, que acoge, enseña, perdona y sana. A pesar de su gran actividad, aun cuando pudiera parecer lo contrario, le facilitó el recogimiento y el encuentro con Dios.

Su ejemplo luminoso, entretejido de oración, estudio y apostolado, se prolonga hoy en el testimonio de sus hijas y de tantos educadores que trabajan con denuedo e ilusión para grabar la imagen de Jesús en la inteligencia y el corazón de la juventud[31].

Un cura que cura. El P. Faustino, que vio la luz en nuestras tierras ourensanas, será un buen ejemplo para los que ejercemos el ministerio pastoral. Al repasar su biografía nos damos cuenta de que necesitamos de su intercesión. El ejemplo del P. Míguez, que sin dejar de ser sacerdote, supo curar a los necesitados de sanación, debe ayudarnos a saber recuperar la dimensión curativa y salvífica de nuestro ministerio sacerdotal. Su inteligencia, sus horas de estudio e investigación no hicieron que se olvidara del confesonario y de la atención a la dirección espiritual de tantas personas que acudían a su ayuda. A los sacerdotes se nos ha confiado una gracia que excede nuestros méritos y capacidades, que es puro don de Dios, y que nuestros hermanos y hermanas esperan de nosotros y se sienten necesitados. Mientras muchos de nuestros conciudadanos, de cualquier clase y condición, más o menos formados, por ignorancia o por falta de una fe más formada, buscan curación y alivio para su espíritu y para su cuerpo en personas y lugares en donde ejercen sus actividades curanderos y brujos, la Iglesia debe redescubrir los sacramentos de sanación. Los sacerdotes, quizás no hemos sabido acoger y ofrecer lo que nos ha sido dado, y a ejemplo de los apóstoles tenemos que volver a decir: *en nombre de Jesucristo, echa a andar* (Hch 3,6). No tendremos las cualidades ni la formación del P. Míguez para sanar los cuerpos, pero sí que podemos acoger a tantos hermanos y hermanas necesitados y ofrecerles a Cristo, Médico de los cuerpos y de las almas. La canonización de este paisano nuestro es una ocasión propicia para volver a recuperar los cauces de curación espiritual que antaño se cuidaban más. Recordando lo que nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, *el Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud al cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Esta es la finalidad de los dos sacra-*

31 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

mentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos[32]. En este mismo sentido, el lema que nos sirve como punto de referencia a nuestra Programación Pastoral Diocesana para este curso 2017-2018, nos ayuda a vivir lo que el P. Faustino hizo carne en su propia vida: *Tener un corazón compasivo* (1 Pe 3,8). En un mundo tan complejo como el nuestro en el que los valores y criterios que configuran las pautas de conducta de nuestros conciudadanos, y que inspiran los criterios que regulan su comportamiento, se fundamentan en la ley de la oferta y la demanda, del poder, del utilitarismo, del pragmatismo materialista que cosifica a las personas convirtiéndolas en instrumentos de "*usar y tirar*"; en una sociedad cargada de un fuerte hedonismo y un agresivo consumismo; en este ambiente, el testimonio de vida de este santo sacerdote nacido en nuestras tierras nos pide que hagamos realidad el deseo del papa Francisco en el que nos manifiesta que *todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están*[33]. Para lograrlo, cada uno personalmente, y como miembros de una comunidad cristiana o parroquia, que es la "comunidad de las comunidades" sabemos que uno de los aspectos más gloriosos de nuestra Iglesia particular ha sido, y sigue siendo, los proyectos solidarios y el ejercicio de la caridad que se hacen realidad viva a través de los hijos y de las instituciones de la Iglesia; es más, ante la creciente indiferencia religiosa que nos rodea sabemos que una de las puertas que puede abrir el corazón de nuestros contemporáneos son las actividades socio-caritativas a través de las cuales se manifiesta la ternura y la cercanía del Dios vivo. Lo que hizo realidad el P. Míguez a través de todos sus dones y cualidades, poniéndolas al servicio de los más necesitados, tenemos que hacerlo nosotros si en verdad queremos ser esos *testigos misioneros que el mundo necesita* y la Iglesia reclama.

10. Fiel a Dios y a la humanidad.

En todo cuanto hemos dicho del P. Faustino Míguez reconocemos su fidelidad a un Dios que se nos ha revelado en su Hijo unigénito como Amor. En la presencia y escucha de este Dios, este sacerdote bueno y fiel, aprendió a vivir en la responsabilidad del amor, del cual seremos juzgados al final de la vida, como advertía san Juan de la Cruz haciendo memoria de aquellas palabras de Jesús, como pórtico al misterio de su pasión, muerte y resurrección cuando nos manifestó que *lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,40). Para los santos, la fidelidad a Dios está inseparablemente asociada a una entrega amorosa al hombre y a la mujer de su tiempo, porque: *Si nos amamos*

32 CIC nº 1421.

33 Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, nº 25 (EG).

unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (1 Jn 4,12). No hay santidad posible fuera de esta vivencia del amor fraterno, porque *quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1 Jn 4,16).

El P. Faustino fue fiel a Dios, fiel al hombre y fiel a la Iglesia viviendo su vocación más profunda de santidad. A él le podemos aplicar aquello que se ha dicho de una forma a la vez hermosa y profunda: *Aquello que está contenido implícitamente entre la acción del creyente y su objeto, el "prójimo", es ni más ni menos que la revelación misma y, por ello, la dogmática integral y total […] Obrar cristianamente significa ser introducido por la gracia dentro de la acción de Dios en el centro de la vida con Dios, donde únicamente se produce un saber sobre Dios*[34].

Este sacerdote santo nunca se sintió acomplejado ni avergonzado de su fe e hizo de su ministerio un instrumento de encuentro y diálogo de la fe con la cultura y la ciencia de su tiempo. En el seno de esta Iglesia, como madre que engendra, él nació a la fe, y como hijo suyo, la convirtió para el mundo en escuela de verdad, en el laboratorio en el que la verdad renace y cura. Es un testigo vivo y muy actual para nuestro tiempo porque con su estilo de entrega hace creíble aquella verdad que salva, la de un amor encarnado en la persona del samaritano que cura y, además, busca y ofrece la posada que cuida.

Su mirada atenta e inquieta sobre lo creado le llevó a indagar, descubrir y conocer las propiedades de muchas realidades creadas y a orientarlas según el querer de Dios llegando así a su verdad. La búsqueda humilde y el servicio generoso de sus descubrimientos fueron con el único fin de ayudar a la humanidad necesitada; estos gestos sitúan, proféticamente, a la ciencia de todos los tiempos, en el horizonte de su vocación y de sus propios límites, pues el *poder hacer y el saber* no sirven de nada si no sabemos utilizarlos para lograr el bien de los hermanos, y esto acontece cuando prescindimos de la verdad de Dios y de la verdad del hombre. Cuando la ciencia pierde de vista su vocación de servicio a la vida y al hombre, convirtiéndole en instrumento de su quehacer inhumano, equivoca sus pasos como acontece hoy en día; cuando esto ocurre, la ciencia conduce a la alienación del ser humano y queda avocada a su propia autodestrucción.

La vida y el carisma del P. Faustino en su defensa de la mujer revisten el carácter profético propio de los santos, que no sólo alcanzó a la sociedad de su tiempo, sino que interpela aún hoy a la Iglesia de nuestros días. No cabe duda alguna del valor imprescindible, con sabor evangélico, que la mujer aporta en el seno de la comunidad eclesial, y esto ya desde sus mismos orígenes hasta nuestros días. Cuando se pide reflexionar sobre el papel de la mujer en la Iglesia no se trata de una concesión a la *ideología de género*, sino del reconocimiento agradecido a una misión insustituible realizada por ellas a lo largo de los siglos, y una búsqueda de nuevas formas de corresponsabilidad en la comunidad. En este sentido me

34 H.U. von Balthasar, Sólo el amor es digno de fe, Salamanca 20113, pp. 113-117.

llena de esperanza que entre los temas que los fieles han pedido que se lleven a la reflexión sinodal está el papel que debe desempeñar en la Iglesia diocesana. No podemos olvidar la carta apostólica de san Juan Pablo II *Mulieris dignitatem*[35], calificada por muchos como la carta magna sobre la dignidad y vocación de la mujer.

Por otra parte, desde la perspectiva de la Iglesia como *casa* y *escuela de comunión*[36], propuesta por el mismo pontífice, la misión de la mujer adquiere un relieve significativo que ya vislumbraba en su horizonte este santo y sabio sacerdote. Pero además de su misión en la Iglesia debemos destacar su común identidad y la llamada a la santidad que embellece los días de nuestro santoral con innumerables nombres de mujeres que vivieron su fe y misión en la Iglesia: pobres y ricas, nobles y analfabetas, luchadoras y frágiles, ancianas, adultas, jóvenes, e incluso niñas que abrazando los distintos estados de vida cristiana sirvieron al Señor con santidad y justicia. Ésta era la gran preocupación que el P. Faustino Míguez manifestó a sus hijas: *Buscar y encaminar almas a Dios, por todos los medios que están al alcance de la caridad*.

11. Un santo para la comunión.

Al comienzo de este tercer milenio el papa san Juan Pablo II nos invitaba a *seguir las huellas de los santos*[37] a través de los cuales se nos manifiesta de una forma viva el misterio fecundo de la Iglesia porque en ellos se *representa al vivo el rostro de Cristo*. En estos momentos de nuestra historia particular, la que es *Madre y Maestra* nos regala providencialmente el ejemplo de santidad de un hijo de nuestras tierras gallegas, del P. Faustino Míguez, y lo hace en un momento en el que la Diócesis de Ourense se encuentra inmersa en este mar de gracia que es el Sínodo Diocesano. Siguiendo las huellas de este sacerdote santo quiero invitaros, una vez más, a que realicéis esta peregrinación eclesial que consiste en *caminar juntos,* y que lo hagáis muy acompañados; necesitamos salir de nosotros mismos – de nuestra familia, de nuestra aldea, de nuestros proyectos personales, como lo hizo el P. Míguez – y nos pongamos todos juntos en camino ¡en esto consiste nuestro Sínodo!

Es cierto que la Iglesia peregrina es la Iglesia de la misión, pero este movimiento no es sólo hacia fuera de *nuestras fronteras*; nunca debiéramos cansarnos de ser *peregrinos hacia los hermanos*, también *hacia los de cerca* y *hacia los de dentro*. Tenemos que ser y sentirnos peregrinos de la unidad por las sendas de la caridad y

35 San Juan Pablo II, Carta apostólica, con ocasión del Año Mariano, Mulieres dignitatem (1988); Carta a las mujeres (1995).

36 Cf. NMI nº 43.

37 Cf. NMI nº 7.

de la verdad, sin olvidarnos de aquellos que estuvieron "en casa" y ahora se encuentran distantes, alejados, enfrentados o indiferentes. También a ellos tenemos que llegar. También para ellos es este camino sinodal ¡dejemos escuchar su voz!
El P. Faustino fue desde su piedad, letras y ciencia un fiel *colaborador de la verdad* (cf. 3 Jn 8), muy consciente de aquella realidad que afirma el Concilio Vaticano II: *Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar*[38]; porque no podemos pasar por la alto que, hoy como ayer, el camino de la Iglesia es el ser humano, un camino que en cierto modo conduce al origen de *todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia*[39]. Todos nosotros formamos parte de esta Iglesia que vive en las tierras de Ourense, miembros de una familia que es misterio, comunión y misión. Somos el Pueblo de Dios que *camina unido* y hemos de sentirnos corresponsables y urgidos en su misión evangelizadora que comienza por la propia casa, que es la *familia diocesana* y que, con la gracia de Dios, llevaremos a cabo este proyecto de renovación y de revitalización de nuestra fe y de las costumbres cristianas de nuestras gentes y de nuestros pueblos. El Concilio Vaticano II y todo el magisterio posterior no han dejado de recordarnos que la misión es la tarea de toda la Iglesia y de todo cristiano.
El Sínodo Diocesano es una oportunidad para revitalizar nuestra fe y nuestra misión, que serán más firmes y comprometidas en la medida en que caminemos juntos y en la misma dirección, aun en medio de las dificultades propias del camino sinodal. Si dirigimos nuestra mirada al P. Míguez y a todos los santos de nuestra Iglesia particular, comenzando por los mártires de la primera hora, por pastores como san Martín de Dumio – evangelizador de nuestras tierras - y siguiendo más tarde por Ilduara, Rosendo; así como esa hermosa pléyade de mártires entre los que podemos mencionar a san Francisco Blanco, los beatos Juan Jacobo Fernández, Pedro Vázquez, Narciso Pascual, y los demás hijos e hijas de esta Iglesia, mártires en el siglo XIX. Y no nos podemos olvidar del beato Sebastián Aparicio. El testimonio de su vida nos ayudará a redescubrir la meta hacia la cual debemos dirigirnos, y al mismo tiempo, el camino que hemos de seguir: *sólo viviendo la pertenencia y la comunión con Cristo y con su Iglesia haremos cuanto debemos hacer como cristianos*.
Nuestra vocación bautismal es llamada a la santidad que exige necesariamente nuestro compromiso real con Cristo y con su Iglesia. Vivimos la santidad y la misión en la medida en que permanecemos en comunión de vida con Dios y con la Iglesia, y no solamente asumiendo un *minimum* de valores morales. De igual modo que no se puede vivir una fe "a mi manera", propia de este tiempo dominado por el relativismo y el subjetivismo, tampoco se puede vivir la misión "por libre", construyendo comunidades o grupos autorreferenciales, o llevando a cabo

38 Vaticano II, Constitución Gaudium et spes, nº 3.
39 San Juan Pablo II, Carta encíclica Redemptor hominis, nº 14.

proyectos pastorales que se mueven en una dinámica más de conservación que de misión y pueden convertirnos en escándalo para algunos y desconcierto para otros. Trabajar al margen de la comunión de la Iglesia nos lleva irremisiblemente lejos de la meta de nuestro camino.

Hoy en día existe una tendencia en el ser humano a considerarse autónomo y "mayor de edad", somos celosos de nuestra libertad personal, y estas actitudes se dejan sentir en cualquiera de las facetas de la existencia humana, y, en ocasiones, afectan a nuestro modo de entender las obras y los apostolados en la Iglesia, e incluso hasta la propia vocación se puede ver amenazada por este desafío individualista. Estamos llamados a la libertad y a la madurez humana, espiritual y pastoral como don del Espíritu que se recibe en la Iglesia. Cuando nos instalamos en la autoafirmación personal, que viene y se apoya en el yo, y que conduce a la soberbia y al desencuentro entre los hermanos, en principio no nos damos cuenta del daño que podemos causar a la comunión eclesial y a nosotros mismos.

Cristo en la Iglesia ha de ser el centro y referente de toda vocación, misión y apostolado. Nuestro compromiso ha de ser el de edificar a Cristo y a su Iglesia, nunca al margen de la comunidad de creyentes, ni de su cabeza y pastor. La experiencia cristiana germina y madura en la cotidianeidad de la experiencia comunitaria de fe y misión. La Iglesia de Jesucristo en Ourense necesita caminar unida para que mutuamente, pastores y fieles, nos ayudemos en el camino de la fe y de la caridad, avivando la esperanza de nuestra fidelidad al Señor. Todos nos necesitamos.

Quisiera con esta Carta, y bajo el ejemplo y la intercesión de este nuevo santo ourensano, animaros a todos a una colaboración activa en el camino sinodal. Éste puede ser para nosotros una escuela de comunión, en una ocasión para no quedarnos en doctrinas, ideologías o espiritualidades que hablan de comunión, sino de vivirla como una experiencia gozosa en el seno de esta Iglesia local, a través de los grupos y asambleas sinodales. La vida de comunión en la Iglesia no es una elección de los compañeros de camino, sino *una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado*[40].

Desearía que todos afrontásemos este momento de gracia con la esperanza de que se inician y esperan tiempos nuevos. Es cierto que esta Iglesia en Ourense es heredera de una hermosa y rica tradición evangélica y misionera, pero ¿por qué no soñar con una nueva primavera evangelizadora marcada por el deseo de santidad, comunión y misión? ¿Por qué no vivir este Sínodo, que el Señor nos regala, como la gracia de un nuevo comienzo? ¿Por qué no contemplar cómo el Sínodo abre para la Iglesia en Ourense una nueva etapa en su camino? Con palabras del papa Francisco os pido, como padre y pastor, que *no os dejéis robar la esperanza*,

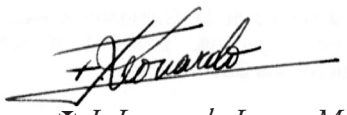
40 NMI nº 43.

no os dejéis robar la gracia de este Sínodo. Una gracia que permanece para todos nosotros todavía velada, pero que tiene un primer fruto de vida y santidad que es la unidad en la comunión.

La unidad en la Iglesia está todavía "en camino", es don de Dios que debemos reconocer y acoger con corresponsabilidad. Sin duda alguna, la gracia de este Sínodo no dependerá de nuestra capacidad organizativa, porque la verdadera Iglesia no es obra nuestra, sino que nos precede, es obra de Jesucristo, pero sí cuenta con nuestra libertad cotidiana para dejarnos incorporar a ella y enriquecerla con todo cuanto recibimos de Dios. No tengamos miedo al encuentro y al diálogo fraterno, ni a las diferencias que lejos de ser una amenaza son una riqueza para todos. Prioricemos lo que nos une, el don de Dios y el deseo de servir en santidad a la Iglesia, pues *no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión*[41]. El diálogo sincero y fraterno desde la búsqueda y el discernimiento de la voluntad del Señor es camino para la misión. Sintámonos, pues, llamados al Sínodo, llamados por Cristo a ser Iglesia y a enriquecerla con nuestra santidad como hizo en un tiempo, no tan lejano, el P. Faustino Míguez.

Deseo colocar en el regazo de Santa María Madre, a la que invocamos en nuestra tierra con tantos nombres hermosos, a todos los fieles de esta Iglesia, comenzando por su obispo, y suplico a nuestros santos protectores: San Martín de Tours, san Martín de Dumio, san Rosendo, a los mártires de nuestra Iglesia ourensana, y en especial al P. Faustino Míguez, que nos acompañen en este camino que juntos hemos iniciado y al que queremos que cada día se vayan incorporando todos los hijos e hijas de esta Iglesia particular. Tengo la certeza absoluta que todo el esfuerzo que realicemos por lograr descubrir y vivir el espíritu de comunión eclesial nos enriquecerá tanto personal como eclesialmente y, sin darnos cuenta, crecerá la "cultura vocacional" y nos abriremos en una auténtica espiritualidad de comunión y de misión.

En la ciudad de Ourense, a 16 de julio de 2017. Fiesta de la Virgen del Carmen.



✠ *J. Leonardo Lemos Montanet*
Bispo de Ourense

41 NMI nº 58.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Octubre
Tened un corazón compasivo (1 Pe 3,8)

Con el lema bíblico del curso pastoral 2017-2018, queremos expresar nuestro deseo de que la Iglesia en Ourense, siguiendo el mandato de Jesús, sienta la urgencia de anunciar a todos, la alegría del Evangelio, desde la ternura y la misericordia que nos impelen a convertirnos en testigos de comunión interna y de solidaridad con todos los necesitados.

Durante la primera quincena del mes de septiembre la mirada de nuestro corazón se ha dirigido a Santa María Madre, bajo las diferentes advocaciones con las que la venera nuestro pueblo. Este mes de octubre sigue siendo también un tiempo muy mariano. En muchos lugares se celebra con solemnidad la fiesta de Santa María, Señora del Rosario. Es una ocasión propicia para que cuidemos mejor esta devoción. Desde Comunidade quisiera exhortar, tanto a los pastores como a los demás fieles laicos, a que revisemos la manera y forma en que se reza el Rosario.

Os comento lo vivido hace unos días: llegué a una parroquia en la que una persona estaba dirigiendo el Rosario; su voz era fuerte y clara; sin embargo, lo hacía todo tan aprisa que era imposible rezar la parte del Avemaría que nos correspondía a los fieles, pues antes de terminarla ya estaba comenzando - a toda prisa - el *Dios te salve María*... Al llegar las *letanías* el rezo se convirtió - diría santa Teresa de Jesús - en *un golpeteo de latas*. No tengo ninguna duda de que aquella persona lo hacía con piedad y estaba prestando una ayuda valiosa al párroco que, gracias a esta colaboración, podía atender a otras personas en el confesonario antes de la celebración de la Eucaristía.

Como recordó san Juan Pablo II, *el Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología... un compendio del Evangelio*. Aquellos que rezan el Rosario entran en la escuela de María y con ella aprenden a conocer mejor a Jesús a través de la contemplación de los misterios de su vida. Por eso, es muy importante enunciar bien los misterios, acompañarlos con una brevísima lectura del pasaje de la Sagrada Escritura correspondiente a cada misterio y, después, de forma serena y sin prisa, recitar las diez Avemarías. Es conveniente superar, con delicadeza y ternura, toda repetición mecánica: las Avemarías deben ser pronunciadas de tal modo que, incluso, nos produzcan sosiego físico al rezarlas acompasadamente, casi al ritmo de la respiración. Cuando recemos juntos, esforcémonos por escuchar al que tenemos a nuestro lado y no convertir el rezo en una especie de competición para ver quién termina antes.

En nuestra sociedad estamos viviendo situaciones preocupantes que, como es lógico, afectan a la vida de la Iglesia. En este sentido quisiera recordaros lo que

hizo el papa Pablo VI que, en 1966 - al finalizar el Concilio Vaticano II - , lanzó una campaña de oración en favor de la paz del mundo y publicó la carta encíclica *Christi Matri*, en la que comenzaba diciendo: *A la Madre de Cristo suelen los fieles entretejer con las oraciones del rosario místicas guirnaldas durante el mes de octubre. Aprobándolo en gran manera, a ejemplo de nuestros predecesores, invitamos este año a todos los hijos de la Iglesia a ofrecer a la misma Beatísima Virgen peculiares homenajes de piedad. Dice más adelante: somos impulsados para que, en cuanto de Nos depende, de nuevo y más vigorosamente tratemos de salvaguardar la paz. Perturban también el ánimo los acontecimientos que se sabe han sucedido en otras regiones, como la creciente competencia de las armas nucleares, el insensato deseo de dilatar la propia nación, la inmoderada estima de la raza, el ansia de derribar las cosas, la desunión impuesta a los ciudadanos, las malvadas asechanzas, las muertes de inocentes; todo lo cual puede ser origen de un sumo mal* (nº 1).

Con la indudable actualidad de estas palabras del beato Pablo VI, quisiera pediros que oréis por los muchos males que nos acechan, algunos de ellos conocidos, y otros muchos que ignoramos. Unidos a la especial oración por la paz del mundo a la que nos invitan con motivo del centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, os ruego que, aunque no tengáis Misa diaria en vuestras parroquias, abráis el templo a una hora convenida con el sacerdote y, todos los que podáis, reuniros en torno a una imagen de Nuestra Señora para pedir por las intenciones del papa Francisco y del Obispo, los trabajos del Sínodo Diocesano, las vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada, la unidad de nuestra patria y por la superación de las divisiones y enfrentamientos entre los ciudadanos.

Os bendice con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Noviembre

¡Dales la paz!

Hace tan solo unos días cuando me acercaba a Abelenda das Penas para asistir al entierro de un vecino de aquella parroquia, que había fallecido como consecuencia de los gravísimos incendios, me encontré con un espectáculo desolador.

Esa tierra que huele a quemado hizo que surgiera en mí la esperanza de que veremos brotar una vida nueva no sólo en los campos y en los montes, sino también en el corazón de los hombres y mujeres de este pueblo. Necesitamos, suplicarle al Buen Dios, el regalo de la lluvia generosa y el don de la gracia del perdón y de la misericordia porque solo ella hace nueva todas las cosas.

Esa misma idea es una invitación a buscar y pedir la paz que es uno de los deseos más nobles que brota del corazón del ser humano de todos los tiempo. Para los cristianos la paz tiene un sentido muy especial, hunde sus raíces en la tradición bíblica y, el mismo Jesús: ¡La paz con vosotros! Es más, después de su pasión, muerte y resurrección se convirtió en un saludo festivo y lleno de esperanza. Tanta fuerza llegó a tener este saludo y deseo que los mismos cristianos en la lápida que cubría la sepultura de sus seres queridos, gravaban: IN PACE. Deseaban la paz a aquellos que, a través de la puerta de la muerte, habían partido de este mundo a la Casa del Padre. Todavía hoy seguimos deseando que nuestros difuntos descansen en paz. Es un deseo que siempre está lleno de piedad y de esperanza.

El mes de noviembre es un tiempo propicio para recordar de manera especial a los fieles difuntos. Es verdad que los recordamos cada vez que celebramos la Eucaristía. También lo hacemos cada vez que damos una limosna - en forma de ofrenda o estipendio - con la finalidad de que el sacerdote que celebra la Eucaristía haga suya la intención del fiel cristiano que hace esa ofrenda. ¡Qué hermosa y caritativa costumbres hemos aprendido de nuestros mayores y que ha sido bendecida por la Iglesia! (Can. 945 § 1; 946, 947,948). Esta ofrenda o estipendio, praxis normal y frecuente en gran parte de nuestras parroquias, está llena de un verdadero sentido de solidaridad y de agradecimiento hacia nuestros difuntos. Sin embargo, esta costumbre se está perdiendo en algunos lugares.

¡Cierto! No podemos pretender pagar con una pequeña limosna el bien infinito de la Eucaristía. Nadie puede negar que la celebración eucarística actualiza el misterio de nuestra redención y la destinataria de sus frutos es la Humanidad entera, pero esta verdad no se opone a la práctica, que se ha vivido en la Iglesia desde los primeros siglos, de aplicar los frutos universales de la Misa por intenciones particulares. La pequeña ofrenda sólo es una aportación simbólica que el fiel hace con la intención de que el sacerdote que celebra la Santa Misa, además de ofrecerlo por las intenciones universales de la Iglesia, también lo pueda hacer por una intención particular. En ocasiones me comentan los sacerdotes: ¡los fieles ya no ofrecen misas por sus difuntos!. Es más, incluso ya se está perdiendo aquella santa costumbre que tenían nuestros mayores de hacer una fundación de misas para que alguien rece por ellos después de su muerte. Cuando sucede esto parece que se está perdiendo en nuestra tierra esa antiquísima costumbre de rezar y hacer rezar por nuestros difuntos y, si esto es así, esto nos lleva a revisar nuestras predicaciones y teorías personales. Es necesario que los ministros del Señor prediquen y apliquen la doctrina vivida por la Iglesia.

Sería bueno que tanto los sacerdotes, como los demás agentes de pastoral, cuiden su formación doctrinal de tal modo que así puedan hacerle entender a nuestros fieles, de forma adecuada, el sentido de la oración por los difuntos y,

al mismo tiempo, el gran valor que posee en sí misma la celebración de la Santa Eucaristía aplicada por aquellos que nos han precedido en el signo de la fe.

Que este mes de noviembre nos ayuda a todos a crecer en esperanza y a pedir al Dios, rico en misericordia, que derrame sobre nuestra tierra el agua que dé vida y fecunde nuestros campos, y que el Espíritu del Señor, haga reverdecer en nuestras vidas los brotes fecundos de la caridad para que así se renueve el rostro de nuestra Iglesia.

Me encomiendo a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Diciembre

La novedad de la esperanza

A través del tiempo de Adviento y de la contemplación de María Inmaculada, durante este mes de diciembre nos preparamos para la Navidad. Por ello, quisiera escribiros sobre una virtud que hoy está devaluada en exceso: la esperanza. Tenemos la suerte de que el papa Francisco nos habla con frecuencia de ella y lo hace, con su estilo tan peculiar, de una forma clara, directa y muy comprometida.

Estamos viviendo un hervidero de esperanzas que nos entretienen, nos ocupan durante un tiempo, pero al final la evidencia de los hechos nos ayuda a reconocer que no son duraderas. Fijémonos como, desde hace meses, hay mucha gente que tiene puestas sus esperanzas en la lotería de Navidad ¡Tantas ilusiones! ¡Tantos proyectos! ¡Infinidad de sueños! Pero al final, cuando uno no es afortunado, surge el desencanto y la frustración. En muchas ocasiones nuestra esperanza, o quizás mejor, *nuestras esperanzas* las ciframos en bienes materiales que no nos proporcionan la auténtica felicidad, porque una vez alcanzados esos objetivos se abren las puertas al deseo de otros bienes y así, casi siempre. Estamos atados a la noria de los deseos que tantas veces nos llenan de desaliento y desesperanza. En realidad, podemos afirmar que tenemos muchas esperanzas, pero nos falta la auténtica esperanza. Por ello, esta virtud es tan importante para el ser humano.

Si la perdemos nos quedamos sin razones para vivir. Y esto puede llevarnos a malgastar la vida. De hecho, si no esperamos el mañana, nuestro hoy - este preciso momento - pierde no sólo su interés, sino también su sentido y quedamos avocados a la resignación, que tiene muy poco de cristiana.

Curiosamente, nuestro mundo está lleno de variadas esperanzas, de un optimismo epidérmico, instantáneo y superficial, pero adolecemos de la auténtica esperanza. En una sociedad como la nuestra, parece que lo poseemos todo,

incluso existen personas a los que les sobra mucho de lo que tienen, mientras otros carecen de lo necesario. Un mundo así genera ciudadanos autosuficientes, individualistas, endiosados, autorreferenciales, pero les falta, en lo más íntimo de su ser, esa chispa de felicidad plena, ya que aun poseyéndolo todo, o casi todo, descubren que lo que tienen se esfuma, desaparece y muere. No es de extrañar que nuestras autoridades político-sanitarias ya comiencen a levantar la voz de alarma ante la plaga de suicidios, una dolorosa y preocupante realidad, que también se hace presente en la juventud. La vida sin esperanza se hace insufrible, resulta insoportable.

Ante estos hechos, surge con fuerza un acontecimiento excepcional: Dios se hace hombre. Dios se abaja hasta hacerse pequeño y pobre para enriquecernos con su pobreza. El Dios cristiano no es un ente de razón, ni una abstracción creada por la inteligencia humana. Es una persona viva que nos ama tal como somos. A Dios le interesa todo lo nuestro, aunque sean las cosas menudas que nos atenazan cotidianamente el corazón y las fuerzas. Los cristianos sabemos que contamos con el amor de un Dios misericordioso que nos garantiza la continuidad de nuestra vida y nos abre unas perspectivas excepcionales de eternidad. Nadie podrá arrancarnos el amor de Dios que se nos ha hecho presente en Jesucristo. Por este amor, el buen Dios nos da la vida en Jesucristo resucitado, para vivir con Él por los siglos de los siglos.

Para los cristianos, la esperanza tiene un nombre: Jesucristo. Los tiempos de Adviento y de Navidad nos ofrecen una nueva oportunidad para abrir nuestra existencia a Dios y, por Él, a los demás. Una Navidad en la que no haya un puesto en nuestra vida para los demás, en especial los más desfavorecidos, no pueden ser auténtica navidad cristiana. A lo largo de este tiempo de Adviento, volvamos la mirada del corazón a la Virgen de la Esperanza, una imagen en la que María se nos muestra con la ternura de su próxima maternidad; sólo ella nos podrá ayudar a vivir la auténtica espera de la Vida, de esa que no tiene fin y que en *proyecto* llevamos en nuestras entrañas. En esta Navidad seamos portadores y testigos de esa Luz que es Jesús, el Dios con nosotros.

Con afecto me encomiendo a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense